

En el medio: hombres corrientes

La elite del Imperio romano —emperadores, senadores, équitos, y la elite local de magistrados, concejales y sacerdotes— produjo la práctica totalidad de la literatura y del extraordinario material cultural que se conoce habitualmente como «romano». En consecuencia, el término «romano» implica aplicar la visión del mundo y la cultura de la elite para describir el mundo romano en su totalidad, como sucede cuando la gente escribe y habla de la «civilización romana» o de la «actitud de los romanos frente a las mujeres». Yo me aparto de esta tendencia y me fijo en cambio en la gente corriente, gente que está por debajo de los que se encuentran en los estratos superiores de la pirámide social y es generalmente invisible a ojos de éstos. Por «gente corriente» me refiero a toda persona libre por debajo de la elite y por encima de los pobres jornaleros o campesinos. Su mentalidad, desde su propio punto de vista, revela un rico mosaico de actitudes y actos, ya que llevan una vida apartada de la estrechez de miras de la aristocracia del Imperio. Aunque en algunos aspectos fundamentales su mentalidad es la misma que la de la elite —al fin y al cabo ambas formaban parte de una cultura global—, por lo general sus perspectivas y actitudes difieren de forma significativa.

La elite del Imperio se situaba en la cima de la pirámide socioeconómica romana. Para acceder a ella, una persona tenía que disponer de más de 400.000 sestercios (équitos) o más de un millón de sestercios (senadores). Entre los aproxi-

madamente 50 o 60 millones de personas que formaban parte del Imperio romano, tal vez 500 hombres adultos poseían tan enorme fortuna. Por debajo de éstos (pero en su mayoría muy por debajo) se situaba la elite de las ciudades del Imperio. Una media de 100 o 125 hombres adultos en cada una de las 250 o 300 ciudades del Imperio que se situaban por encima de la categoría de pueblo representaban otras 30.000 o 35.000 personas muy ricas. Dada la pronunciada gradación del mundo romano, esa elite en su conjunto ostentaba probablemente el 80 % o más de toda la riqueza. Los propios romanos reconocían la escisión en la situación socioeconómica entre quienes formaban parte de la elite y quienes no, al denominar a los extremadamente ricos *honestiores* (los más honorables) y a todo el resto de personas libres *humiliores* (seres inferiores). «Todo el resto» era el 99,5 % de la población.

Por debajo de los extremadamente ricos había un respetable número de personas que disponían de muchos menos recursos en comparación con los muy ricos, pero, en el peor de los casos, recursos suficientes para tener bastante asegurado el pan de cada día y, en el mejor, para gozar de un estilo de vida que les dejase tiempo libre suficiente para cultivar ciertos intereses sociales, políticos y culturales. Se trataba de modestos terratenientes, mercaderes y artesanos, soldados de éxito, así como de los financiados por estos grupos y por las elites (maestros profesionales, médicos, arquitectos, etcétera). Esos hombres y sus familias representaban alrededor del 25 % del total de la población. Además de una cierta estabilidad en cuanto a sus recursos, la gente corriente comparte otra característica común. Todos ellos aprecian el trabajo, sean mercaderes, artesanos o campesinos ricos; comparten ese importante hecho socioeconómico que une sus actitudes a pesar de que el auténtico nivel de riqueza y la ocupación de cada individuo varíen enormemente. Ésa es la gente que me interesa. El reto es captar su mentalidad.

Actitudes sociales

Había muestras de jerarquía y posición por doquier. Por ejemplo, la donación de 100.000 denarios por parte de Manio

Megonio Leo, ciudadano de la ciudad italiana de Petelia (actual Strongoli), para una fundación tenía que invertirse y sus rentas tenían que ser distribuidas jerárquicamente: una renta anual de 450 denarios se destinaba a la celebración del aniversario de su nacimiento. Trescientos denarios financiaban un banquete, pero únicamente para la elite local, los decuriones; tras la celebración del banquete, la cantidad sobrante de los 300 denarios se distribuía en efectivo entre los decuriones presentes. Además, se destinaban 150 denarios a un banquete de los augustales, la clase dominante sacerdotal formada por hombres libres adinerados, y el remanente se repartía entre los augustales presentes. Por último, cada ciudadano y su esposa recibía un único denario, equivalente al salario diario justo de un trabajador; no había banquete (*ILS* 6468). Este tipo de donaciones escalonadas reflejaba muy claramente la jerarquía social, mucho más que la situación de los asientos de los anfiteatros. Al vivir en un mundo absolutamente estratificado, la clase media estaba impregnada de una de las actitudes básicas de esa forma de vida: tratar a los iguales como iguales, aprovecharse de los miembros de clases inferiores cuando era posible y respetar siempre a quienes estaban por encima. La mente del individuo se centraba en evitar el propio daño, tanto físico como mental, y en dañar a los otros —en términos romanos, defender su honor y su posición lesionando el honor y la posición de los demás, impidiendo al mismo tiempo que los suyos disminuyesen a manos de aquellos considerados inferiores—. La subordinación a un ser inferior o la asimilación por activa o por pasiva de un superior a un grupo social por debajo del suyo (por ejemplo, los esclavos) era algo horrible. Ante quienes eran manifiestamente superiores (elite) o manifiestamente inferiores (esclavos), la mentalidad era mucho más clara que entre iguales. Entre estos últimos había enormes diferencias de posición y poder, pero no existían signos evidentes de subordinación o superioridad «legítimas». Era en ese mundo donde las afrentas al honor, las hostilidades y las rivalidades se producían de manera más intensa.

La línea jerárquica provoca expectativas y asienta estereotipos en la mente de cada grupo. La gente corriente no era una excepción. Los eruditos identifican cinco de los prejuicios más

comunes: contra los libertos, contra los pobres, contra los esclavos, contra los mercaderes y contra el trabajo. Vale la pena examinar cada uno de ellos a través de los ojos de la gente corriente.

Nacer libre era la condición preferida; no implicaba responsabilidades legales ni ninguna de las restricciones impuestas por el estatus de esclavo o manumiso. La inmensa mayoría de la población libre en un momento dado había nacido en libertad, ya que el estatus legal de manumiso desaparecía con la generación de éste. Resulta evidente que la elite albergaba fuertes prejuicios contra los libertos que pretendían usurparles su capital económico o social. Si bien está generalmente asumido que los prejuicios de la elite frente a los libertos estaban presentes en todos los segmentos de la sociedad formada por los nacidos libres, existen pocas pruebas al respecto; el capítulo que trata sobre los libertos contiene una profunda discusión sobre ello. A pesar de todo, no cabe duda de que los prejuicios frente a los pobres eran reales. Una inscripción en un muro de Pompeya lo dice todo:

Odio a los pobres. Si alguien quiere algo a cambio de nada es un idiota. Debería pagar por ello. (*CIL* 4.9839b)

Asimismo, la epístola de Santiago del Nuevo Testamento indica claramente este prejuicio, a pesar de que el propósito de su autor es precisamente argumentar en su contra en el contexto de la comunidad cristiana:

Hermanos, si realmente creéis en nuestro glorioso Señor Cristo Jesús, no hagáis diferencias entre las personas. Suponeos que entra en vuestra asamblea un hombre con anillo de oro, con ropas lujosas, y que entra también un pobre con ropas sucias. Si vosotros volvéis vuestra mirada al que viste ropas lujosas y le decís: «Siéntate en el primer lugar», y decís al pobre: «Tú quédate de pie o siéntate aquí en el suelo sobre las gradas», ¿no estáis haciendo diferencias entre los dos? ¿No estáis juzgando con pésimos criterios? (Santiago 2:1-4)

También existían grandes prejuicios entre el hombre corriente y la población esclava. Aquí podemos acudir a san

Pablo. En sus discursos a grupos de cristianos pone de relieve constantemente a través de la negación la distinción social entre libres y esclavos; su insistencia es prueba evidente de que los prejuicios antiguos estaban firmemente arraigados; los destinatarios de sus discursos se esforzaban duramente por seguir sus consejos y tratar a los esclavos con menos prejuicios, y a menudo fracasaban. Otra muestra del abismo que separaba a los libres y a los esclavos procede de *El asno de oro*: la transformación de Lucio en asno y luego nuevamente en hombre puede interpretarse fácilmente como un viaje alegórico de la libertad a la esclavitud; todas sus aventuras muestran que la condición de esclavo es mala, que los esclavos son infrahombres.

Hay que deshacerse de otro prejuicio: el resentimiento frente a los mercaderes. La opinión generalizada de la elite es que los mercaderes son unos ladrones mentirosos. ¿Compartía esta opinión la gente corriente? La carta de san Pablo a los filipenses emplea un lenguaje marcadamente mercantil; los verbos usados en contabilidad y comercio son habituales y se emplean para transmitir las ideas de san Pablo sobre la comunidad cristiana. Esto no sólo indica el propio origen de Pablo como hombre de comercio, sino también que el auditorio se movía en este entorno comercial y de negocio y lo conocía bien. Lidia, la vendedora de púrpura, operaba en el mismo medio; aquí tampoco hay ninguna connotación negativa. Los propios hombres de negocios se enorgullecían sobremanera de sus logros, igual que esta comerciante de larga distancia:

Si no es mucha molestia, transeúnte, levántate y lee este [epitafio]. A menudo he recorrido el inmenso mar en una embarcación ligera y he llegado a muchas tierras. Éste es el fin que urdió para mí el destino al nacer. Aquí me he librado de mis preocupaciones y trabajos. Aquí no temo a las estrellas ni a las nubes ni al fiero mar, ni temo que mis gastos superen mis ganancias. (*CIL* 9.60, Brindisi, Italia)

Junto a los comerciantes de larga distancia estaban los mercaderes locales, de proximidad, que o bien trataban con artículos elaborados localmente a pequeña escala, o bien compraban al por mayor y revendían a nivel local. La epigrafía ates-

tigua que esos mercaderes tenían una imagen de sí mismos absolutamente opuesta a la de tratantes tramposos y deshonestos que la elite tenía de ellos. Lucio Nerusio Mithres, mercader de una pequeña ciudad, escribió:

Vendía bienes que la gente podía utilizar, mi honradez siempre fue elogiada en todas partes, la vida era buena... Siempre pagué mis impuestos, fui franco en todo, todo lo justo que pude con todos con quienes traté. Ayudé en todo lo posible a quienes buscaron mi ayuda. Entre mis amigos gocé de la más alta consideración... (CIL 9-4796, Vescovio, Italia)

Praecilio, un *argentarius* de Cirta y, por tanto, miembro de la altamente sospechosa clase de mercaderes banqueros, señala que siempre gozó de la confianza de sus clientes y que siempre fue bueno y sincero:

Aquí estoy, en silencio, describiendo mi vida en verso. Gocé de una brillante reputación y de la mayor de las prosperidades. Yo, llamado Praecilio, natural de Cirta, fui un hábil banquero. Mi honradez fue maravillosa y siempre me atuve a la verdad; fui siempre educado con todos los hombres y ¿a qué afligido no socorrí? Siempre me mostré alegre y hospitalario con mis queridos amigos; mi vida sufrió un gran cambio con la muerte de la virtuosa Valeria. Durante todo el tiempo que me fue posible, disfruté de las mieles del sagrado matrimonio; celebré cien felices cumpleaños con virtud y felicidad; pero ha llegado el último día y el espíritu abandona mis agotados miembros. En vida me gané los títulos que estáis leyendo, pues la Fortuna así lo quiso. Nunca me abandonó. Seguidme de igual manera; ¡aquí os espero! Venid. (CIL 8.7156, Constantina, Argelia/Malahide)

Naturalmente, los mercaderes no tenían ningún reparo a la hora de tratar de obtener beneficios, y daban gracias a los dioses por ello:

Dedicado tres días antes del primero de junio durante el consulado de Dexter (por segunda vez) y Fusco. Consagrado a Mercurio, poderoso dador y protector de beneficios. Gayo Gemelio Valeriano, hijo de Gayo, del distrito de Oufentina, miem-

bro del consejo de cuatro hombres con autoridad policial, prefecto judicial, con Cilonia Secunda, su mujer, y Valeria y Valeriana Secunda, sus hijas. Lo creó en cumplimiento de una promesa en un lugar autorizado por las autoridades municipales. (*CIL* 5.6596, Fontanetto da Po, Italia)

Así pues, los mercaderes tenían una buena opinión de sí mismos. Obviamente, es fácil suponer que en determinadas instancias las relaciones podían volverse tensas, pero los testimonios aportados por Artemidoro, entre otros, están en consonancia con la impresión favorable transmitida por san Pablo sobre los hombres corrientes que se relacionaban normalmente con aquellos personajes. Asimismo, los negociantes que aparecen en *El asno de oro* de Apuleyo y en el *Satiricón* de Petronio, son tratados como gente normal; no están estigmatizados.

En una línea parecida, no existe nada que indique que la gente corriente desdeñase a los artesanos, cosa que sí hacían los miembros de la clase dominante, como Cicerón, el cual afirma que «todos los artesanos se dedican a oficios innobles» (*Sobre las obligaciones* 1.42). Por el contrario, el caso del padre del escritor Luciano es paradigmático de la opinión de los hombres corrientes sobre los artesanos. El padre de Luciano quería que su hijo adquiriese una cierta formación, pero su objetivo a largo plazo era que entrase a trabajar como aprendiz con uno de los hermanos de su mujer para que aprendiese un oficio. Luciano se rebeló contra esto, pero ese hecho no altera la realidad de que su padre creyese que una carrera como artesano fuese buena para todo el mundo. Para la familia de Luciano, la vida de artesano no era motivo de vergüenza y, de hecho, Luciano se sintió incluso tentado por ella hasta que, en un sueño posterior, la Educación le convenció de que la opinión de la elite sobre los oficios —que eran algo vulgar— era correcta y le convenció de que se dedicase a una carrera en el mundo de la educación y la retórica.

Otra nota que refleja orgullo atenuado por la tristeza se encuentra en el epitafio de Vireius Vitalis Maximus. Había adoptado a Vireius Vitalis, «un muchacho excepcionalmente prometedor para la artesanía», le había educado en la pro-

fesión y esperaba que el chico se hiciera cargo de su oficio, manteniéndole en la ancianidad. Tanto en *La interpretación de los sueños* de Artemidoro como en el *Carmen Astrologicum* se mencionan varias actividades artesanales, así como situaciones comerciales; no existe el menor indicio de que la gente dedicada a esas tareas fuese objeto de desprecio.

Así pues, el mundo del hombre corriente estaba abierto a los artesanos y a los comerciantes. En muchos epitafios se menciona la profesión o el oficio del difunto. El trabajo es parte de la propia identidad del finado, pues casi todos los epitafios (el 98 %) son realizados por el propio difunto o su familia; casi ninguno es escrito por compañeros de profesión o trabajo o sus patrones. La elite, por supuesto, no menciona el trabajo, puesto que para ella no es algo de lo que sentirse orgulloso; sin embargo, todos los demás —los libres, los libertos y los esclavos— lo mencionan de forma muy destacada. Esto es una prueba evidente de que una de las señas de identidad del hombre corriente (y en definitiva de todos los que se hallaban por debajo de la elite) es el valor del trabajo. Ésta es una de las diferencias más llamativas entre la forma de ver las cosas de la elite y la del hombre corriente. De hecho, el prejuicio por parte de la elite que la lleva a mirar con desprecio el trabajo y los negocios, contribuye a explicar la invisibilidad del hombre corriente. Hemos de dejar claramente de lado la idea de que el trabajo no era valorado en el mundo romano; la devaluación del trabajo por parte de la elite no abarca a la inmensa mayoría de la sociedad grecorromana.

A pesar de que la naturaleza jerárquica de la sociedad determinaba que los prejuicios eran importantes, el mundo moral del hombre corriente era mucho más complejo que un simple conjunto de estereotipos. Vale la pena elaborar una imagen de ese mundo, si bien, naturalmente, cualquier perspectiva moral individual no se veía necesariamente reflejada en la vida diaria de un individuo. Voy a resumir brevemente los puntos principales del mundo moral de un hombre común.

El matrimonio es algo bueno; la monogamia es la norma. La fidelidad en el matrimonio es importante. Las esposas han de ser fieles, solícitas y seductoras; los maridos, castos. Los hombres rechazan la visión filosófica de que el

sexo es un entretenimiento para la procreación y sin disfrute. Se valora la castidad, pero no hasta el punto de que las relaciones homosexuales entre hombres y la infidelidad masculina ocasional sean inaceptables. Visitar a prostitutas es una actividad inocua, como se verá. El divorcio es posible y aceptable. Mentir, engañar y robar es, en principio, malo. Se espera que exista honradez en el trato familiar y con los grupos de igual o superior posición socioeconómica; sin embargo, los tratos comerciales con otros se encuentran en un estado ambiguo que permite la «negociación agresiva» y el engaño en beneficio propio. El trato justo y equitativo es bueno, aunque «justo» se basa en un concepto distributivo de justicia. La codicia es una virtud positiva; el exceso de codicia, es decir, la avaricia, y hacerse con posesiones que no te corresponden, es malo. Para aquellos con más inclinaciones filosóficas, la autosuficiencia es habitual.



FIG. 1. Un matrimonio feliz. Una pareja conyugal se abraza en la cama, con su fiel perro a sus pies.

La confianza en uno mismo es una virtud positiva, mientras que la arrogancia y la fanfarronería, es decir, la confianza en uno mismo que excede la que le correspondería a su posición socioeconómica, es algo malo; la humildad es un lugar común (lo opuesto al exceso de orgullo). Un fuerte sentimiento de autoestima es bueno. Una persona tiene la obligación de proteger su prestigio (honor); esto justifica prácticamente cualquier acto. Sin embargo, al mismo tiempo, hay un sentimiento de autocontrol, lo cual es un tópico habitual en la filosofía popular. La embriaguez, por ejemplo, está muy mal vista. El asesinato es malo. Preocuparse de los propios asuntos es otro tópico habitual; chismorrear y ser un metomentodo está mal. Ocuparse de los miembros necesitados de la familia, por ejemplo de las viudas, está bien. Preocuparse del bienestar de gente más alejada no está bien. Después de los familiares directos, los amigos son muy valorados. De hecho, la amistad es otro de los tópicos que aparecen constantemente en la filosofía y la cultura populares.

Buscar el control en un mundo inestable

Si bien esta gama de pautas morales no parece fuera de lo común y servía de guía para un hombre en las vicisitudes vitales normales, cuando alguna incertidumbre perturbaba el tranquilo fluir de la vida —cosa que sucedía casi constantemente— los hombres recurrían al mundo de lo sobrenatural: superstición, magia y religión. Las personas normales encontraban a muchas otras dispuestas a disipar sus inquietudes. Los sacerdotes en los templos, los abastecedores de amuletos y pociones en las calles y en pequeños quioscos, los magos profesionales preparados para suministrar hechizos ante cualquier necesidad, los intérpretes de sueños ansiosos por que se les diese la oportunidad de revelar todo lo que subyacía tras las últimas imágenes oníricas, los vendedores de libros con tomos llenos de información útil: todos estaban preparados, hasta en la más pequeña de las ciudades.

En general, la superstición dirigía la vida. Se han encontrado innumerables amuletos; se creía que pulseras, collares

y anillos actuaban como talismanes eficaces frente a lo desconocido. Los hechizos se utilizaban habitualmente contra todo tipo de enfermedades. Plinio el Viejo escribe:

Efectivamente, existen hechizos contra la pedrisca, contra una amplia gama de enfermedades y para tratar quemaduras —algunos incluso de eficacia probada— y las flechas extraídas de un cuerpo, siempre y cuando no hayan tocado el suelo, son poderosos afrodisíacos si se colocan debajo de la cama de un amante. (*Historia natural* 28.6.34)

Marcelo Empírico pone un ejemplo de hechizo contra la enfermedad:

Ha de recitarse seriamente, tocando la parte del cuerpo afectada con tres dedos: pulgar, medio y anular; los otros dos permanecen extendidos. «Vete, no importa si has surgido hoy o antes: esta dolencia, esta enfermedad, este dolor, esta hinchazón, este enrojecimiento, este bocio, estas amígdalas, estos abscesos, este tumor, estas glándulas y pequeñas glándulas, os convoco, os expulso, os echo por medio de este hechizo de estos miembros y huesos.» (*De Medicamentis* 15.11/Luck)

Los hechizos también venían muy bien si habías apostado en una carrera de cuadrigas y querías asegurarte la victoria, como se muestra en esta tablilla de plomo de África:

Te conjuro, demonio, seas quien seas, para que tortures y mates a partir de esta hora, de este día, de este momento, a los caballos de los equipos verde y blanco; hagas chocar y mates a los aurigas Claro, Félix, Prímulo y Romano y no dejes ni el espíritu para ellos; te conjuro a través de este que te desligó para siempre, el dios del mar y del cielo: *Io, Iasdao... aeia*/Luck.

O si buscabas venganza:

Señora Deméter, acudo a ti como alguien que ha sufrido injusticias. Escúchame, oh diosa, y haz justicia, llevando las cosas más terribles y dolorosas a aquellos que piensan eso de nosotros y que disfrutan con nuestro mal y nos causan sufrimiento a mí

y a mi esposa Epiktesis y nos desprecian. ¡Oh reina, escucha a los que sufrimos y castiga a quienes así nos tratan alegremente! (Amorgos, Grecia/Gager, n.º 75)

O castigo por una afrenta personal:

Quienquiera que robe la propiedad de Vareno, fuese hombre o mujer, que pague con su propia sangre. Del dinero que devolverá, la mitad se donará a Mercurio y Virtus. (Kevedon, Essex/Gager, n.º 97)

O incluso para arrebatarle la mujer a otro hombre:

Que el fuego abrasador consuma los órganos sexuales de Allous, su vulva y sus miembros, hasta que abandone el hogar de Apolonio. ¡Que quede debilitada por la fiebre, enfermedades sin fin, hambre —Allous— y locura! Aparta a Allous de su marido Apolonio; haz que sea insolente, odiosa y detestable hasta que abandone el hogar de Apolonio. Ahora. Rápido. (Oxirrinco, Egipto/Gager, n.º 35)

Y, por supuesto, el amor era una motivación constante para los hechizos mágicos:

Que Matrona, a quien Tagene dio a luz, cuyas «cosas» tienes en tu poder, incluidos pelos de su cabeza, ame a Teodoro, a quien Techosis dio a luz... No me ignores, quienquiera que seas, alízate para mí y acude a Matrona para que ella me entregue libremente todo lo que es suyo... para que Matrona ame a Teodoro toda su vida. Te invoco en nombre de Abrasax. (Oxirrinco, Egipto/Gager, n.º 29)

Los hechizos no profesionales eran habituales en los sucesos de cada día. Algunos amuletos llevaban la inscripción *Abraxus*, que ha llegado a nuestros días como «abracadabra»; en la época cristiana, las fórmulas rituales también podían modificarse con finalidades mágicas, por ejemplo, la expresión *hoc est corpus* (éste es mi cuerpo) da origen al término moderno «hocus pocus». Sin embargo, para asuntos serios, había profesionales masculinos y femeninos dispuestos a ofrecer su ayuda. Por supuesto, brujas

como la Circe de la *Odisea* y la Medea de Eurípides gozaban de gran tradición literaria, pero abundaban sus homólogas de la vida real. Egipto era la tierra y el origen de los magos por excelencia. Papiros mágicos representan los libros de texto para su formación, en los que falta la información decisiva con el fin de que los profesionales no puedan ser totalmente suplantados por una persona autodidacta. Se conservan *kits* de la Antigüedad para realizar magia, incluido uno que parece ser una especie de ruleta empleada para adivinar el futuro. Un profesional también podía disponer de drogas como el incienso para crear un determinado ambiente, así como de herramientas como varitas mágicas para «dirigir» el poder mágico ejercido.

Jesús de Nazaret tenía muchos de los atributos de un mago: la capacidad de curar enfermedades y dominar la naturaleza, por ejemplo. Cuando el demonio trata de tentarlo para que utilice su poder para obtener ganancias e influencia en beneficio propio, Jesús se niega, pero otros magos no tenían tantos escrúpulos. En la novela de Apuleyo *El asno de oro*, Pánfila usa la magia para sus propios fines; sin embargo, otros magos eran más comerciales. San Pablo fue apresado y llevado a rastras ante las autoridades locales porque su «cura» de una esclava adivina privó a sus amos de los ingresos que les reportaba (Hechos 16:16-19). Otro mago compitió con san Pablo por la atención de Sergio Pablo, procónsul de Chipre, y perdió (Hechos 13:6-12). Simón Magus («el mago») era una de esas personas que se ganaban la vida ofreciendo magia:

Desde hacía tiempo, había en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia. Tenía impresionada a la gente de Samaria y se hacía pasar por un gran personaje. Todos, chicos y grandes, estaban pendientes de él y decían: «Éste es el que llaman Gran Poder de Dios». Y lo seguían, porque desde tiempo atrás los tenía maravillados con sus artes mágicas. [Simón, impresionado por el poder sobrenatural del apóstol Felipe, es bautizado]... Al ver Simón que con la imposición de las manos de los apóstoles se transmitía el Espíritu Santo, les ofreció dinero y dijo: «Dadme también a mí este poder, de modo que a quien imponga las manos reciba el Espíritu Santo». Pedro le contestó: «Desaparece tú junto con tu dinero, pues has pensado que el don de Dios se

compra con dinero. Este poder no es para ti ni te corresponde, ya que no entiendes las cosas de Dios. Arrepíentete de tu maldad, y ruega al Señor para que perdone tus errores, ya que te veo lleno de hiel amarga y que te atan lazos de maldad. (Hechos 8:9-24)

Simón, un buen mago que era capaz de ver cuándo su magia había sido descubierta, quedó aterrado y le pidió a Pedro, su mago superior, «que nada de lo que has dicho caiga sobre mí».

Otro episodio de los Hechos de los Apóstoles en que aparece san Pablo ilustra todavía mejor la situación. Pablo viajó a Éfeso e inmediatamente se convirtió en motivo de atracción en cuanto sus poderes para realizar milagros, es decir, sus poderes mágicos, se hicieron patentes entre la población. Artículos como un pañuelo o una tela que se había limitado a tocar curaban enfermedades y alejaban a los malos espíritus. Otros aspirantes a hacedores de milagros trataron de reproducir su éxito invocando el nombre de Jesús, como hacía Pablo. Siete hijos de un sumo sacerdote judío lo intentaron. Sin embargo, un espíritu maligno al que estaban exorcizando les dijo: «Conozco a Jesús y a Pablo, que predica su palabra, pero ¿quiénes sois VOSOTROS?». Y el hombre poseído los apaleó de forma sangrienta allí mismo. Esto es una prueba evidente de que el poder del nombre de Jesús provocó muchas conversiones (Hechos 19:11-20), porque la eficacia de un hechicero se juzgaba por su índice de éxito. Pablo tenía éxito y muchos hombres corrientes estaban convencidos de su poder sobrenatural; los «siete hijos de Esceva» no tuvieron éxito y por tanto fueron desacreditados. Muchos otros magos reconocieron el poder de san Pablo, e incluso llegaron a quemar sus valiosos libros de magia, puesto que él había demostrado que su poder era superior. Todos estos episodios de los Hechos de los Apóstoles sirven para demostrar lo omnipresente que era la creencia en el poder de lo sobrenatural, y la gran cantidad de gente que afirmaba poseer dicho poder.

La religión constituía otro camino para afrontar los problemas. Se ofrecía una amplia gama de actividades religiosas. Existían los actos reflejos, ritos diarios, apenas conscientes, como dejar caer unas gotas en ofrenda a los dioses del hogar antes de una comida. Estaban las festividades religiosas, en las que, algún día consagrado a uno u otro dios, se celebraban

banquetes, espectáculos, o simplemente la gente se comportaba escandalosamente, lo cual formaba parte de la adoración a la deidad o deidades en cuestión. Este tipo de religiosidad se centraba en las principales divinidades locales o cívicas. Los días festivos, los dioses locales eran agasajados, igual que el pueblo; se ofrecían sacrificios más elaborados y a menudo se celebraban espectáculos en honor del dios o de la diosa. Era un momento de reafirmación de la comunidad.

Luego estaba la religiosidad utilitaria; recurrir a un sacerdote o profeta para que ayudase a resolver un problema inmediato. De hecho, en las ciudades siempre había gente disponible que afirmaba poder predecir el futuro. Cicerón, perteneciente a la clase dominante, señala que «te sigue vayas donde vayas, si escuchas a un profeta o un presagio, si sacrificas a una víctima o avisas un pájaro de mal agüero, si consultas a un visionario oriental o a un adivino italiano, si ves relámpagos u oyes truenos» (*Sobre la adivinación* 1.48). Esos adivinos estaban disponibles porque existía una profunda necesidad de encontrar sentido al mundo y, de alguna manera, reconciliar el mundo personal con los ataques que recibía del mundo exterior. Todos estaban de acuerdo en que el futuro estaba escrito y podía por tanto conocerse, que la profecía, los augurios y otros medios de dirigirse a ese futuro eran reales y eficaces. La interpretación de los sueños era uno de los recursos favoritos, y contaba con profesionales como Artemidoro, dispuesto tanto a prestar sus servicios como a escribir un libro sobre el tema. Hombres como Doroteo escribían libros de astrología. Las herramientas de autoayuda como las tablas ouija estaban al alcance de todos y eran una forma barata de discernir el futuro. En su mundo, el hombre corriente raramente pensaba demasiado en los entresijos del pensamiento religioso. Todo el mundo estaba de acuerdo en que existían poderes sobrenaturales en la tierra. Dado que los agentes divinos estaban al mando, todos coincidían en que podía accederse a esos poderes mediante la oración, el sacrificio, el conjuro y la magia. Si se podía alcanzar un acuerdo y llevarlo a cabo, podía esperarse una acción recíproca en favor del adorador. Lo importante era lo que uno hacía y los resultados que lograba. Llevar a cabo la acción correcta de la manera correcta era la clave para asegurarse la ayuda divina; no existía un credo ni un código moral al que adherirse

para lograr el favor divino. Por esta razón, no había discusiones sobre el dogma en los bares y en las calles; la prueba del poder de una divinidad radicaba en su capacidad para lograr resultados en tiempo real. Resulta ilustrativo el hecho de que las muchas confrontaciones con la magia que aparecen en la literatura del Nuevo Testamento giran todas en torno a qué magia es más eficaz, y nunca en torno a la filosofía o la teología de quien la practica.

Los trastornos más importantes se producían no en relación con la teología, sino cuando se cuestionaba u ofendía el poder de una divinidad con gran número de seguidores. Esto se pone de manifiesto en otra de las experiencias de san Pablo en Éfeso. El templo de Artemisa era muy conocido y un popular destino de peregrinación. Un orfebre llamado Demetrio amasó, junto a sus compañeros de trabajo, una buena cantidad de dinero realizando y vendiendo imágenes de la diosa. Este artesano tomó medidas para proteger su negocio: incitó a sus compañeros afirmando que Pablo estaba convenciendo a mucha gente para que se apartaran del politeísmo; el peligro, dijo, no era sólo que la propia Artemisa estuviese siendo desacreditada, sino también que su negocio de ofrendas votivas se agotase. Al grito de «Artemisa de los efesios es grande», el grupo levantó a la ciudad en contra de Pablo. Una turba lo apresó, lo arrastró hasta el teatro y trató de que fuese castigado (Hechos 19:23-34). La acusación era que Pablo había blasfemado contra la diosa. La «Gran Artemisa de los efesios» no era para ellos una cuestión teológica, se trataba de una simple afirmación del pueblo de que su diosa no sólo existía, sino que era poderosa. Cualquiera que cuestionara dicha realidad era un enemigo. A pesar de que entre la elite la idea de una relación entre un comportamiento que se atuviese a la moral y el favor de los dioses iba ganando terreno, por ejemplo, en el pensamiento estoico, hay pocos indicios de que dicho pensamiento calase en quienes permanecían vinculados a sus creencias religiosas básicamente satisfactorias. Éstas se basaban en eficaces poderes sobrenaturales, los cuales podían, si se les abordaba correctamente, servir de ayuda para resolver los problemas prácticos del día a día, como enfermedades, frustraciones amorosas y venganza contra enemigos y rivales. Atacar, como en este caso, la existencia de una diosa, suponía debilitar la eficacia de una herramienta utili-

zada por la gente corriente para abordar sus problemas cotidianos. A pesar de todos estos intentos por acceder al poder de lo sobrenatural para hacer frente a la incertidumbre de sus vidas, cuando aquéllos no daban fruto la gente no se preocupaba extremadamente. La actitud imperante era que si un conjuro o una ofrenda religiosa no funcionaba, algo había fallado en el proceso, no en el funcionamiento básico del mundo mágico-religioso (el hechizo no era el adecuado, se había realizado de forma descuidada, o no se habían empleado los accesorios correctos). Nada indica que hubiera una disminución de la confianza en la religión y en la magia en el periodo que nos ocupa ni, de hecho, a lo largo de toda la Antigüedad.

Preocupaciones

Dado que los hombres corrientes organizaban sus vidas según la moral popular y recurriendo al mundo de lo sobrenatural, sus inquietudes personales podían hacer que su vida se viese sumida en el caos en cualquier momento. Los hombres corrientes vivían en un mundo lleno de cambios reales y potenciales de fortuna. Estos cambios podían ser para bien o para mal; la reacción natural a vivir en un mundo lleno de amenazas físicas y sociales para la supervivencia, y no digamos a la felicidad, era preocuparse o (si era posible) actuar. Dadas las diferencias de poder, la gran jerarquización de la sociedad y los caprichos del tiempo, las enfermedades y las catástrofes naturales, la gente recurría a medios superracionales para predecir y afrontar el futuro. Aunque las menciones a miembros de la elite son bastante habituales, puesto que también ellos recurrían a los intérpretes de sueños y a los astrólogos para que les ayudasen a hacer frente a los avatares de la vida, tanto el *Carmen Astrologicum* como *La interpretación de los sueños* de Artemidoro reflejan claramente la mentalidad del hombre y la mujer corrientes.

Dado que eran un recurso útil para afrontar los problemas de la vida, esos manuales ofrecen una valiosa perspectiva de lo que preocupaba a los hombres en su día a día. No resulta sorprendente que el tema principal del *Carmen* y del libro sobre los sueños de Artemidoro sean los giros de la for-

tuna. Los consejos, interpretaciones y pronósticos revelan las cuestiones fundamentales para triunfar o fracasar en la vida y abarcan preocupaciones como la muerte, las enfermedades, los desafíos económicos, el matrimonio y la familia y los riesgos que entrañaban los viajes. También se centran en la violencia presente en la vida cotidiana, la tensión en las relaciones interpersonales y los asuntos legales. Se hace hincapié en los temas mundanos; hay una significativa ausencia de preocupación por lo que podríamos denominar «grandes» desastres. Tan sólo hay una referencia en el libro de Artemidoro a «la llegada de enemigos, a la tierra estéril y al hambre» (*Sueños* 2.9). Mientras la historia se centra en las guerras, en los rumores de guerra, en los desastres y en las maniobras políticas de la elite, la gente corriente se preocupaba poco o nada por esos temas. Les preocupaba más bien su situación inmediata.

Los papiros mágicos eran otra ventana. La muerte, a pesar de ser el tema más habitual en el libro sobre la interpretación de los sueños de Artemidoro, no se menciona demasiado; aparentemente la magia no puede ofrecer protección contra la Parca más que de manera indirecta, curando enfermedades. Asimismo, el tema de las relaciones familiares que aparece profusamente en el libro de Artemidoro está muy poco presente en los papiros, si bien aparece de forma ocasional. Por lo demás, los temas del *Carmen* y de las interpretaciones de Artemidoro se ocupan frecuentemente de las mismas preocupaciones que figuran en los papiros mágicos: enfermedades, éxito financiero, éxito en las disputas legales y el estatus a ojos de los demás. En conjunto, las tres fuentes dan una impresión muy clara de las preocupaciones cotidianas de la gente corriente.

Aunque las cosas malas que le suceden a la gente superan de largo a las buenas, a veces se menciona la buena fortuna. El *Carmen* define un buen destino como «riqueza y gloria» para los hombres, «ricos, acaudalados, poderosos en los negocios, con gran prosperidad, que han logrado prestigio y fortuna y los incrementan» y «fortuna, prestigio, reconocimiento, gloria y buenos medios de vida». Si bien aparentemente todo esto se ajustaría a la más alta categoría de «buena fortuna», más de lo que experimenta la mayoría, *mutatis mutandis* podemos suponer que también para las personas corrientes riqueza suficiente, éxito en los nego-

cios, y una buena posición frente a sus vecinos, amigos y socios, constituirían «buena fortuna». En otra parte del *Carmen* se identifica también a una esposa bella y fiel, buenos amigos y la victoria sobre los enemigos como buena fortuna para los hombres, y buena salud y reputación como buena fortuna para las mujeres. Se trata de cosas que todo el mundo esperaba lograr en la vida, pero la literatura adivinatoria se extendía más, pero que mucho más, en las posibilidades de no conseguirlas por uno u otro motivo. Esto resulta natural, ya que la gente que pide consejo es normalmente gente preocupada; como dice Artemidoro, «la gente sin preocupaciones no necesita un vidente» (*Sueños* 3.20).

La muerte es la preocupación más habitual. En el *Carmen* figura una lista de posibles muertes, casi todas ellas malas; en otros contextos se menciona repetidamente. En Artemidoro, la muerte, el pesar y el duelo son, con mucha diferencia, los hechos citados con más frecuencia. Podía tratarse de la propia muerte o de la de alguna persona cercana, un miembro de la familia o un amigo. La constante presencia de la muerte domina muy destacadamente las preocupaciones. Está claro que la «normalidad» de la muerte, como podría considerarse desde un punto de vista estadístico —muchos niños morían antes de los diez años, la mitad de la población moría antes de cumplir los veinte y la esperanza de vida era de cincuenta años—, no servía de consuelo a la gente. Por el contrario, dicha realidad les atenazaba y les preocupaba constantemente. Como sucedía con todas las inquietudes a las que haré referencia, no deberíamos pensar que los hombres corrientes se mostraban deprimidos y con un miedo permanente al ángel de la muerte, pero, dado que la muerte era tan real, tan impredecible y tan perturbadora para los vivos, no resulta sorprendente que pensasen mucho en ella.

La enfermedad también estaba constantemente presente en la mente de los hombres. A pesar o a causa del estado de los remedios médicos y a base de plantas medicinales, las enfermedades que podían debilitar o matar fácilmente eran una amenaza permanente al bienestar. Como sucede con las referencias a la muerte, el libro de Artemidoro está lleno de ejemplos de enfermedades; y, por supuesto, a menudo la muerte y la enfermedad van unidas:

La incapacidad de salir o encontrar una salida de la propia morada o el propio hogar en el que sueña estar indica que existen obstáculos que retrasan a los que tienen en mente estar lejos de casa, un lastre para quienes planean lograr algo, una enfermedad grave para quien está enfermo y la muerte para quien sufre una larga enfermedad. (*Sueños* 2.2)

En el *Carmen*, la enfermedad también es un destino frecuente. Por ejemplo:

Si Saturno está en conjunción con Marte mientras Saturno está en el décimo signo, tendrá poco tratamiento médico, su cuerpo se debilitará, sus dolencias no cesarán a causa de la fiebre, tendrá temblores... (*Carmen* 54)

O:

Si Saturno y Marte están en el mismo signo y la Luna se encuentra entre ellos, quien nazca entonces será leproso y costras y picores le consumirán. (*Carmen* 95)

El hombre corriente, por definición, tenía suficiente para vivir, pero lo que le preocupaba era si dispondría de más recursos, mejorando así su vida, o menos, lo cual pondría en peligro su capacidad para administrarse. Por supuesto, la variedad de situaciones económicas era enorme. Artemidoro menciona todos los tipos, desde el peón, marinero, artesano y proveedor de servicios (p. ej., posadero) hasta lo que serían mercaderes a larga distancia y vendedores al por mayor. Sin embargo, fuese cual fuese su situación económica, a todos les obsesionaban las preocupaciones fundamentales.

En primer lugar de la lista está el éxito financiero. Puede que Artemidoro diga que «un gran tesoro indica angustia y ansiedad» (*Sueños* 2.59) y que «un hombre rico ha de gastar su dinero con prodigalidad y ser objeto de conspiraciones y envidias» (*Sueños* 4.17), pero ello tal vez no haga más que reflejar en cierta medida la filosofía popular, o bien el mito del rico desgraciado, siempre popular entre los hombres corrientes de todas las épocas. En Artemidoro, las referencias al éxito económico son, con mucho, las más numerosas. Ese éxito era a menudo precario.

Los hombres tenían escasas oportunidades de dar un salto que les permitiese mejorar su situación. Sin embargo, las personas que trabajaban duramente podían triunfar, si bien es imposible saber cuántas lo lograban. Artemidoro explica el caso del hijo de un granjero que llegó a ser patrón de barco y, de hecho, «tuvo un enorme éxito» (*Sueños* 5.74). Una historia parecida es la del campesino de Maktar (Túnez) que pasó de la pobreza a ostentar un cargo en la administración local:

Nací en una familia pobre. Mi padre no tenía posesiones ni casa propia. Desde el día que nací he trabajado siempre mi tierra; ni mi tierra ni yo hemos descansado jamás. Cuando llegaba la temporada de la cosecha y el grano estaba listo para ser recogido, yo era el primero en segar. Cuando aparecían los grupos de recolectores que se arriendan en Cirta, capital de los númidas, o en la fértil llanura de Júpiter, yo era el primero en cosechar mis campos. Luego dejé mi tierra, trabajé cosechando para otros hombres durante doce años bajo un sol abrasador. Durante once años dirigí un grupo de recolectores y coseché el grano de los campos de los númidas. Con mi trabajo, arreglándomelas con poca cosa, al final me convertí en dueño de una casa y una finca rural. Hoy no me falta de nada. Incluso he conseguido honores: he entrado a formar parte de los magistrados de mi ciudad y mis colegas me han elegido. Yo, que empecé mi vida siendo un pobre campesino, censor. He visto llegar al mundo y crecer junto a mí a mis hijos y nietos. He vivido intachablemente, honrado por todos de forma merecida. (*CIL* 8.11824 = *ILS* 7457)

Si bien el éxito de este hombre es espectacular, no se trata en absoluto de un caso aislado. Artemidoro interpreta el sueño en que alguien tiene una cabeza muy grande:

Soñar que se tiene una cabeza muy grande es algo bueno para un rico que todavía no ha logrado un cargo, igual que para un pobre, un atleta, un prestamista, un banquero y un recaudador de suscripciones monetarias. Para un rico augura un papel de liderazgo en el que necesitará una corona, una cinta sacerdotal o una diadema. Para otros significa éxito en los negocios y ganancias económicas adicionales. Así que el aumento del tamaño de la cabeza apunta a estas cosas. (*Sueños* 1.71)

A algunos les llegaba el éxito, pero las preocupaciones afectaban a todos. En primer lugar están las deudas. Las deudas son uno de los puntos centrales del *Carmen*, y en el libro de Artemidoro hay muchas referencias a las deudas y a los deudores, lo cual indica el uso generalizado de los préstamos. Por ejemplo, los usuarios que tienen una hipoteca sobre el barco de un hombre aparecen en sueños interpretados por Artemidoro, al igual que un artesano que ha de abandonar su taller y su ciudad a causa de las deudas. Las tierras se utilizaban como garantía de préstamos para pagar impuestos o reunir capital, y a los hombres les preocupaba que el impago implicase su pérdida. El espectro de iniciativas de negocio que fracasan es un tema bastante recurrente en los sueños; uno, por ejemplo, es el de un perfumista que «perdió su tienda»; esto lo explica Artemidoro con total naturalidad. Aparte está también el desempleo, otro mal económico habitual mencionado repetidamente; éste no parece afectar a los jornaleros, de los cuales se espera que estén desempleados gran parte del tiempo, sino más bien a comerciantes y artesanos, cuyo trabajo se supone, en circunstancias normales, más estable. Sabemos por otras sociedades preindustriales que el desempleo es endémico; estos temores al desempleo significan que entre los romanos corrientes había muchos hombres sin trabajo o bien con empleos inestables o eventuales, y tal perspectiva les atemorizaba. Aunque uno fuera un excelente artesano o incluso poseyera un barco, ello no le garantizaba tener trabajo. Así, la posibilidad del desempleo estaba siempre presente en la mente de los hombres.

En los negocios existía siempre la posibilidad de disputas con socios y colegas. El *Carmen* se centra en la preocupación por este tema, así como en los problemas en el trato con los administradores locales, especialmente los supervisores del mercado, los cuales tenían poder para acosar a un negociante. Artemidoro escribe:

E incluso si un hombre dirige bien su negocio y llega al punto de asumir gastos improductivos, sigue siendo siempre censurado por el supervisor del mercado; pues es imposible ser supervisor sin hacer eso constantemente. (*Sueños* 2.30)

Los pequeños acosos eran una realidad y podían llegar al extremo de absoluta corrupción, como muestra el capítulo 15

del *Satiricón*, en el cual los funcionarios locales tratan de hacerse con bienes robados, ahuyentan a sus propietarios con la amenaza de procesarlos y luego venden los artículos en beneficio propio.

Lo único que ocupa más espacio en el *Carmen* que los negocios y los viajes son los diversos asuntos familiares. A los hombres les preocupaban profundamente el matrimonio, los hijos y los parientes. Doroteo profundiza mucho en lo que las cartas tienen que decir acerca de las perspectivas y el futuro de los matrimonios. ¿Qué clase de marido será? ¿Qué clase de mujer? ¿Qué diferencias de estatus conllevará? Esto es, ¿el hombre se casará «mal», por ejemplo con una esclava o una prostituta, o se casará bien? ¿Se casará un familiar? ¿La persona a la que se le echan las cartas se casará varias veces? Lo que se menciona muy poco es el amor romántico. Por el contrario, cuando hay mujeres involucradas, se pone mucho énfasis en el control sexual. En los papiros mágicos, un asombroso número de hechizos y conjuros tienen que ver con garantizar la (aparentemente no voluntaria) sumisión sexual de la mujer al hombre. Solamente en un caso se trata de un asunto entre marido y mujer; en todos los demás se tiene la impresión de que, o bien se trata de una relación indefinida, o bien de una relación adúltera. Por consiguiente, el impulso sexual estaba muy presente en la mente del hombre corriente. Dada la cantidad de conjuros y hechizos destinados a conseguir el afecto de una mujer que aparecen en los papiros mágicos, resulta un tanto sorprendente que el atractivo sexual aparentemente no figure en la lista de preocupaciones de los hombres que buscan consejo en la astrología y en la interpretación de los sueños. El éxito en el amor (signifique esto lo que signifique en variedad de contextos) no figura en el *Carmen*. En Artemidoro la interpretación de algunos sueños sí que se refiere a la vida amorosa de un hombre o de una mujer: «Si un hombre o una mujer jóvenes son heridos en el pecho por alguien que conocen, ello indica amor» (*Sueños* 1.41), pero son casos bastante raros. Hay referencias al amor conyugal, a las amantes, a las putas y al libertinaje, pero no existe preocupación acerca de lo que denominaríamos emoción o amor per se. Parece que pensar en el «amor romántico» es un lujo que los hombres no

pueden permitirse; sus preocupaciones son mucho más concretas. Si el «amor» forma parte de la vida de un hombre, que así sea, pero no constituye una preocupación primordial. Le preocupa mucho más el «amor» tangible, por ejemplo, si tendrá acceso a la mujer que ama o, en un plano más personal, si será impotente («la alegría no le acompañará en los actos de Afrodita») u «obseso sexual»: un determinado horóscopo determina un exceso de relaciones sexuales tanto en el caso del hombre como de la mujer.



FIG. 2. Dominación de la mujer. Una figura de arcilla atravesada por agujas. El hechizo que la acompaña, escrito en una tabilla de plomo, muestra el intento de dominar sexualmente a una mujer por medio de la magia.

La posibilidad de un matrimonio feliz existe, pero ensombrecida por muchas probabilidades de que acabe mal, y hay gran preocupación acerca de las disputas matrimoniales, lo cual se ve enfatizado por la frecuencia con que los epitafios de parejas felizmente casadas afirman que «vivieron sin disputas», tal vez protestando a veces en exceso y como mínimo certificando que la ausencia de disputas era algo a lo que aspirar en el matrimonio. Los desenlaces felices o infelices de un matrimonio ocupan toda una sección en el libro de Artemidoro. Los requisitos de un buen matrimonio son «acuerdo y amor», pero es perfectamente posible que uno de los cónyuges domine al otro como un amo a su esclavo; tan sólo ocasionalmente se menciona un desenlace estrictamente bueno, como por ejemplo cuando Artemidoro señala virtudes de la esposa como el atractivo físico, la fidelidad, ser buena ama de casa y mostrar obediencia al marido (*Sueños* 2.32).

Las desgracias de la esposa y los hijos preocupan de manera significativa. En el seno del matrimonio existen dos preocupaciones fundamentales. En primer lugar, ¿el matrimonio será estable o inestable? Parece que existe bastante preocupación por el libertinaje tanto del hombre como de la mujer y por la mala conducta sexual, especialmente en el *Carmen*, pero también en el libro de Artemidoro, donde se menciona varias veces a esposas licenciosas. Muchos horóscopos se centran en las relaciones extramatrimoniales de ambos cónyuges. Hay una preocupación explícita y frecuente de que el marido sea un mujeriego (está claro que esto no se aceptaba como un «dato»). Una buena esposa debe ser fiel, pero destaca la preocupación acerca de que la mujer sea libertina y de moral relajada. Artemidoro escribe que el marido «ejerce control y autoridad sobre el cuerpo [de su mujer]»; «controla y gobierna a su esposa». Así que, si se descarría, es una catástrofe directa para la reputación y la posición del marido. Los horóscopos y la interpretación de los sueños dan una imagen que recuerda a las mujeres infieles y sexualmente relajadas mencionadas en detalle con mucha frecuencia en la novela de Apuleyo. Fuese cual fuese la realidad, es evidente que al hombre corriente le preocupaba mucho la fidelidad de su mujer (y a la mujer la del marido).

También existe preocupación por las relaciones sexuales en el matrimonio o, más bien, por el comportamiento de la mujer como pareja sexual. Según el *Carmen*, si una mujer está «deseosa de mantener relaciones», ello «indica disipación y perversidad». Continúa diciendo que una buena mujer no «realiza el acto de Afrodita de manera antinatural». El sexo oral con la propia esposa no es una práctica aceptable, como tampoco lo es la felación al marido. Es de suponer que aquí la preocupación radica en que el sexo con la esposa no sea confundido con un encuentro sexual ocasional con una esclava o una prostituta. Otro mal resultado del matrimonio que es motivo de preocupación es que la mujer sea lesbiana. El pensamiento de Artemidoro es más generoso que el del *Carmen*. Si bien la esposa ha de ser sumisa —de modo que «quien tiene relaciones sexuales según las normas de Afrodita, controla por completo el cuerpo de su complaciente y solícita pareja» (*Sueños* 1.79)—, también tiene derecho a disfrutar del acto: «Tener relaciones con la esposa diligente y sumisa —no reacia al sexo— es algo bueno para los dos». No obstante, es perfectamente posible que la mujer se limite a ceder «mostrando cierta resistencia», lo cual no se interpreta como algo bueno (1.78). Durante el acto sexual con la esposa, la posición cara a cara se denomina «natural» (1.79); otras posiciones son desde atrás y de pie («los hombres recurren a esta posición solamente cuando no tienen cama ni colchón»), con la mujer arrodillada o postrada; y con la mujer encima. Todas las posiciones excepto la «natural» son «aberraciones fruto de la indecencia, el libertinaje y la embriaguez...». La perspectiva de la mujer no se considera importante, aunque, como se ha señalado anteriormente, Artemidoro admite que puede disfrutar del acto. Lo deseable, por tanto, es un matrimonio en el cual ambos cónyuges son fieles y la mujer permanece recatada y pasiva —no actúa como una prostituta— en su vida sexual.

Otra preocupación era que los matrimonios acabasen mal —incluso en asesinato, como el caso de que la esposa envenenase al marido—. Frecuentemente se mencionan finales infelices más mundanos, como el divorcio o el abandono. Hay muchas predicciones astrológicas en las que la mujer abandona la casa del marido, lo cual parecería indicar que se trataba de un

miedo común. Del mismo modo, Artemidoro menciona con frecuencia el divorcio, lo que indica que era un hecho habitual. Se supone que este temor iba ligado a la dote que la esposa podía llevarse consigo; la dote se considera normal.

Al parecer, la esencia de un buen matrimonio son los hijos. Existe gran preocupación por la esterilidad, el número de hijos y si éstos serán «buenos hijos», como se desprende de muchas tiradas de cartas. Hay preferencia por los «varones» («los niños varones [en un sueño] son buenos; las hembras no valen para nada» (*Sueños* 4.10)), pero nunca se hace referencia al infanticidio, al aborto o a la anticoncepción. De hecho, una de las mayores desgracias y pesares de la vida es tener pocos hijos o ninguno.

Los hijos se encuentran totalmente bajo control de los padres. La relación puede ser buena o mala, pero se espera que sea buena y que los padres aporten todo lo necesario para su educación y su herencia. Las relaciones intergeneracionales son a menudo tensas, ya que a los padres les preocupa que los hijos malgasten el patrimonio y los recursos paternos y, en general, que no resulten buenos. Preocupa el número de hijos y que se lleven bien; preocupa especialmente que los hermanos se lleven bien entre sí. Aquí las disputas asoman de nuevo su fea cabeza, ya que los hijos tienden a pelearse unos con otros, lo que supone una desgracia para la familia. Más allá de la familia nuclear, que parece ser la unidad asumida a todas luces, y de la familia en sentido más amplio, se mencionan de nuevo las disputas. Al parecer se producían muchas discusiones en el seno de la familia del hombre corriente.

He tratado el papel del sexo en el matrimonio, pero es necesario también referirse a la actividad sexual del hombre corriente de manera más general. La vida sexual del varón incluía el sexo con la esposa destinado a la procreación; sin embargo, el resto de aspectos son más difíciles de evaluar. Las fuentes de la clase dominante, especialmente Ovidio, Marcial y Juvenal, pero también historiadores, retóricos y figuras literarias casi de toda índole, contienen material que hace referencia a la actividad sexual del varón. Si bien en detalle resulta más complicado, el hecho de que el *ethos* de la élite preponderante valorase la dominación y se avergonzase de la sumisión, significa que el

sexo, homosexual o heterosexual, se evaluaba en función de las circunstancias concretas de control y sumisión. Así, un acto sexual determinado se consideraba o no aceptable, no tanto en función de la fisiología del acto en sí, sino de quiénes estaban involucrados y del papel que desempeñaba el individuo en el mismo. La gente tenía en cuenta a los actores (hombre o mujer), su estatus (esclavo o libre), su situación matrimonial (casado o no), las circunstancias económicas (de pago o gratis), el objetivo biológico (procreación) y, sobre todo, el elemento de dominio/sumisión al que me acabo de referir. Un acto sexual concreto se juzgaba según su posición en función de estas consideraciones, las cuales constituían las «reglas del juego»; obviamente la situación era muy compleja.

Dentro del modelo básico de sexo y matrimonio, tenía cabida una amplia gama de otras actividades sexuales siempre y cuando se ajustasen a las reglas del juego. Más concretamente, no encontramos un «tipo» de persona o «identidad» que pueda calificarse como «homosexual» o «heterosexual». De hecho, en latín no existe una palabra que signifique «homosexual» —como en realidad tampoco existe ninguna que signifique «heterosexual»—. Es esencial pensar en términos de prácticas y situaciones concretas enmarcadas en una cultura dominante que no cuestiona nunca el papel central de la dominación del varón como pauta de conducta y autoconciencia masculina.

La pregunta es: ¿se puede aplicar este *ethos* genérico al hombre corriente? Éste también conceptualizaba los actos sexuales como dominación y sumisión. Los proyectiles de honda son una maravillosa prueba de la ecuación compuesta por violencia sexual y masculinidad. Los soldados que preparaban aquellas piezas de plomo con forma de bellota para ser lanzadas escribían en ellas mensajes para el enemigo. En algunas sólo ponía algo como «¡Toma!», pero en otras se empleaba un colorido lenguaje sexual para que quedase claro el mensaje de dominación. Un *glans* (en latín se emplea la misma palabra para «pene» y para «proyectil de honda») de la guerra contra Octavio, posteriormente Augusto, lleva la inscripción «voy tras el culo de Octavio» (*CIL* 11.6721.7); éste es uno de los mensajes más exquisitos, todos ellos relativos a la penetración como emblema de la dominación. Esta visión de la dominación mas-

culina como metáfora sexual procede directamente del hombre corriente.

Los papiros mágicos confirman esta imagen agresiva de la sexualidad masculina. Muchos de los hechizos y conjuros han sido diseñados para someter la mujer al hombre, a veces en el tono más grosero:

Deja que la mirra humee sobre el carbón y recita el hechizo. «Eres Zmyrna (mirra), la amarga y efectiva... Todo el mundo te llama Zmyrna, pero yo te llamo la que devora y quema el corazón... te envío a X, hija de Y, para que me sirva aun en contra de su voluntad y me la entregues. Si está sentada, que no se siente; si está hablando con alguien, que no hable; si está acercándose a alguien, que no se acerque...; si está comiendo, que no coma; si está besando a alguien, que no lo bese... Que piense sólo en mí, que sólo me desee a mí, que sólo me ame a mí y cumpla todos mis deseos... Entra en su alma y quédate en su corazón y quema sus entrañas, su pecho, su hígado, su aliento, sus huesos, su túetano, hasta que venga a mí y cumpla todos mis deseos. Te imploro, Zmyrna... que te asegures de cumplir mis órdenes. Como te estoy quemando a ti, que eres poderosa, así debes tú quemar el cerebro de la mujer que amo, quémalo por completo, desgarras sus entrañas y derrama su sangre, gota a gota, hasta que venga a mí.» (PGM 1:121-4/Luck)

Esta violenta imaginaria se ajusta al macho agresivo y dominante. En las obras de Plauto, en *El asno de oro* de Apuleyo y en el *Satiricón* de Petronio aparecen varones preocupados por la dominación. Estas obras plasman también la imagen de un mundo en el que los actos homosexuales tienen lugar junto a los heterosexuales, y en el cual la pauta dominante de lo que es una conducta aceptable parece ser de aplicación.

Junto a este claro concepto de dominación como prueba de fuego de la masculinidad y a la apertura resultante a actos de dominación sexual ya sea sobre varones o sobre hembras, coexiste un concepto igualmente claro según el cual, la serie de actos que podríamos calificar como fuera de las relaciones convencionales entre hombre y mujer, se consideran en conjunto inaceptables, por no decir perversos o incluso des-

viados. Artemidoro es muy explícito al referirse a la visión del sexo que rige sus interpretaciones de los sueños. Sospecho que, a menos que dicha visión estuviese ampliamente extendida entre la gente corriente, ése no habría sido el caso. Como he señalado antes, según su opinión sólo hay una posición sexual «natural».

La naturaleza ha enseñado al hombre que la postura «cara a cara» es la única natural; todas las demás posturas son aberraciones que los hombres aprenden fruto de la indecencia, el libertinaje y la embriaguez... [Después de señalar que todos los animales tienen sus propios hábitos sexuales «naturales», prosigue]. Por tanto, lo adecuado es que los hombres adopten como postura sexual correcta la de «cara a cara»; el resto son inventadas y propias de los excesos de la lujuria y la embriaguez. (*Sueños* 1.79)

Artemidoro afirma que «que el sol desaparezca, es un mal presagio para aquellos que se empeñan en no hacer caso y realizan actos abominables» (*Sueños* 1.36). Pero ¿cuáles son exactamente? En su larga serie de interpretaciones basadas en sueños menciona prácticamente todas las relaciones y actos sexuales posibles. Enumera tres tipos generales: (1) una relación natural, legal y tradicional. Aquí se incluyen el sexo con la esposa, con prostitutas, con «mujeres desconocidas», con uno de sus propios esclavos o esclavas, o con una mujer conocida «con la que se tiene intimidad»; (2) una relación ilegal: con un niño o niña menor (entre cinco y diez años), con el propio hijo o la propia hija, con hermanos, con la propia madre, con una persona «amiga» (presumiblemente un adulto libre), y (3) una relación «antinatural». Esta última incluye cosas bastante extrañas, como «tener relaciones sexuales con uno mismo», «besarse el propio pene», necrofilia y zoofilia, pero no, y esto es importante, las prácticas homosexuales.

Artemidoro se muestra ambiguo a la hora de determinar claramente un modelo dominante/sumiso. Por un lado, confirma el supuesto de que ser poseído en un acto sexual es malo; la única excepción es soñar ser poseído por un hombre rico, pues en ese caso «recibirás» riqueza (*Sueños* 1.78). Por otro,

hay actos censurables incluso en posiciones dominantes, como una felación realizada por la esposa o la amante, por una persona amiga, un familiar o un niño. Si bien Artemidoro condena también a la persona que realiza el acto, el miembro pasivo, es destacable que un sueño en el que se esté en la posición que se esté.

Así, Artemidoro matiza la categorización dominante de actos sexuales. Además, para él existe una norma: sexo cara a cara entre hombre y mujer. Se mencionan otros actos, concretamente la felación y varias posturas sexuales. La primera parece censurable, al menos con esposas y personas libres, e implícitamente critica las posturas sexuales «anormales». Uno tiene claramente la impresión de que es plenamente consciente de los hábitos sexuales de sus contemporáneos, pero tiene una idea muy clara de lo que es «bueno» y lo que es «malo». En su obra hay una afirmación del sexo conyugal, pero, a diferencia del punto de vista dominante, parece haber también un rechazo a la homosexualidad tanto masculina como femenina.

El *Carmen* nos proporciona más datos acerca de cómo consideraba el hombre corriente los actos homosexuales. En el capítulo «Conocimiento de la sodomía», que viene a completar una sección más extensa sobre el matrimonio, es evidente que Doroteo no está pensando simplemente en actos individuales, sino en gente que habitualmente prefiere actos con miembros del mismo sexo que actos heterosexuales. En una predicción dice que la persona «no amará a las mujeres, sino que le producirán placer los niños»; en otra, «que deseará a los varones». Hay otras predicciones análogas que dicen: «ella deseará a las mujeres» y «él deseará a los varones». Otro ejemplo dice: «si es mujer, será lesbiana..., si es varón, no actuará con las mujeres como debería» (*Carmen* 2.7). Así que el *Carmen* contribuye a nuestra comprensión dejando claro que algunos hombres (y algunas mujeres) mostraban una preferencia prolongada por el propio sexo y no se limitaban a realizar actos homosexuales más o menos aislados.

Como una última ventana a la sexualidad, es necesario mencionar la actitud de san Pablo. En una diatriba contra los politeístas escribe:

Porque conocían a Dios y no lo han glorificado como le corresponde, ni le han dado gracias. Al contrario, se perdieron en sus razonamientos y su corazón extraviado se obcecó más todavía. Pretendían ser sabios cuando hablaban como necios. Cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes con forma de hombre mortal, de aves, de animales o de serpientes. Por eso, Dios dejó que fueran dominados por sus malos deseos. Llegaron a cosas vergonzosas y deshonraron sus propios cuerpos. Han cambiado el Dios de verdad por la mentira; han adorado y honrado a seres creados, prefiriéndolos al Dios creador, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén. Por eso Dios permitió que fueran esclavos de pasiones vergonzosas: sus mujeres cambiaron las relaciones sexuales normales por relaciones contra la naturaleza. Igualmente los hombres, abandonando la relación natural con la mujer, se apasionaron unos por otros, practicando torpezas, varones con varones, recibiendo en sí mismos el castigo merecido por su extravío. (Romanos 1:21-7)

Continúa enumerando todo el resto de terribles defectos morales, pero lo que es importante señalar es que describe a los politeístas como personas abiertas a actos homosexuales (por decirlo suavemente). Esto no significa tanto que todos los grecorromanos realizasen prácticas homosexuales, como que todos eran maliciosos, embusteros, arrogantes, crueles, y otros epítetos que les dedica en este mismo pasaje. Sin embargo, no cabe duda de que indica que dichas prácticas eran aceptadas en la cultura politeísta. El hecho de que Pablo deje claro que es contrario a estas prácticas indica que sus oyentes también lo eran o, como mínimo, que era posible convencerles de que debían serlo. Dicho argumento no sale de la nada; los oyentes y los destinatarios de las cartas de san Pablo eran contrarios a las prácticas homosexuales o se les podía predisponer fácilmente en contra de las mismas. Dadas las evidencias del Artemidoro y del *Carmen*, yo apuntaría que para un amplio sector de la gente corriente, dicha predisposición llegaría de manera natural porque tales actos y, por tanto, sus practicantes, eran menospreciados.

La imagen de la actitud del hombre corriente ante el sexo no es, por tanto, coherente. Obviamente, en la cultura había

hombres que contemplaban los actos sexuales de manera imparcial, sin relacionarlos con una visión social más amplia, sino desde un punto de vista individual, tal como hacía la elite. Las inscripciones de Pompeya, garabateadas por un selecto grupo de machos agresivos, se ajustan a esto. Sin embargo, también había quienes pensaban que el modelo apropiado era el sexo restringido a la procreación dentro del matrimonio, admitiendo varios grados de desviación (disculpando tal vez el sexo con esclavas, por ejemplo), pero sin rechazar su objetivo fundamental. Este aspecto aparece con mucha más contundencia en el material que acabo de presentar. El panorama es complejo y debe aceptarse como tal, pero en general, parece ser que los hombres corrientes estaban más comprometidos con el matrimonio y tenían mayor tendencia a mostrarse críticos con las prácticas homosexuales que los miembros de la clase dominante.

La preocupación por el matrimonio y el sexo entre los hombres corrientes era algo lógico. Por otra parte, en la literatura astrológica y de interpretación de sueños se hace un énfasis inesperado en el tema de los viajes. Este énfasis nos da a entender dos cosas: en primer lugar, vemos que los viajes no eran algo fuera de lo común. Podemos pensar inmediatamente en viajes de placer, como ir a ver un festival cerca o lejos; viajes de negocios, y viajes forzosos. En Apuleyo encontramos los tres tipos de desplazamiento y en la literatura adivinatoria encontramos especialmente los dos últimos. Asimismo, en el Nuevo Testamento encontramos gente que se desplaza por el Imperio, bien por negocios, bien como consecuencia de una actividad religiosa. Sin embargo, viajar era peligroso por una serie de razones, entre las que se incluían el mal tiempo, la presencia de bandidos y piratas, los accidentes y los funcionarios corruptos. De manera que es natural que a los hombres les preocuparan los viajes futuros y se preocuparan también cuando se encontraban embarcados en uno. La emigración prolongada también la tienen presente. Gracias a las muchas inscripciones que señalan a una persona como *alienus* (no residente), sabemos que dichos movimientos eran bastante habituales en la práctica. También les preocupan los seres queridos que se encuentran en el extranjero, por ejemplo un hijo,

y si regresarán sanos y salvos. Los viajes forzosos añadían una nueva dimensión, ya que una persona podía ser exiliada —si bien esto apenas habría constituido una preocupación para el hombre corriente—, o bien obligada a abandonar su casa para huir de las deudas, o porque se trataba de un criminal desterrado como castigo, o porque alguna catástrofe natural hacía imprescindible desplazarse. El mejor resultado de un viaje era el beneficio económico, pero los riesgos del transporte, la principal fuente de beneficios de la larga distancia, eran inmensos, al igual que la inversión (y muy a menudo el endeudamiento) necesaria para ello. Los viajes eran, por consiguiente, una importante fuente de preocupaciones.

Como si no hubiera ya bastantes cosas por las que preocuparse, los hombres tenían que estar atentos a las autoridades para evitar cualquier roce, si es que ello era posible. El *Carmen* contiene un largo pasaje sobre ser encadenado y Artemidoro hace muchas referencias a sueños relacionados con el destino de criminales: ser condenado, atado o enviado a prisión, prever palizas y torturas, o ejecuciones (crucifixión o decapitación). A quienes ostentaban la autoridad, por lo general les gustaba hacer alarde de su poder y era mejor no interponerse en su camino. Del mismo modo, dado que controlaban el sistema legal, lo mejor era evitar tener líos con ellos.

La ley, los delitos y la violencia en la vida cotidiana

Según la literatura de la elite, el derecho romano era una parte fundamental de la cultura romana. Los estudiosos lo han repetido durante años, igual que han señalado el trato diferencial de la ley a varios sectores de la población. Sin embargo, el hombre corriente tenía otros pensamientos adversos sobre el sistema legal. Esta simple afirmación de san Pablo dice mucho al respecto:

Cuando alguno de vosotros tiene algo contra un hermano, ¿cómo puede atreverse a presentar su demanda ante los tribunales paganos en vez de someter el caso a gente de la Iglesia? ¿O no sabéis que algún día juzgaréis al mundo? Y si habéis de

juzgar al mundo, ¿no sois capaces de arreglar estos asuntos tan pequeños? ¿No sabéis que hemos de juzgar hasta a los ángeles? ¡Cuánto más entonces podemos juzgar los asuntos de esta vida! (1 Corintios 6:1-2)

Pablo pide con insistencia que las disputas se resuelvan en el seno de la comunidad; la gente no debería llevar los casos a los juzgados. Este consejo indica una desconfianza absoluta de que los juzgados civiles vayan a tratar con justicia al pueblo de Pablo. A pesar de que la situación de Pablo puede contemplarse como un caso excepcional a causa de la presencia del elemento religioso, existen, de hecho, muchas otras pruebas de que los hombres corrientes no utilizaban e incluso evitaban el sistema legal de manera bastante sistemática. Esto resulta muy poco sorprendente: el sistema legal romano fue creado y gestionado con el fin de favorecer a la elite. Aunque está claro que algunos casos de hombres corrientes fueron oídos y tramitados —en el Código de Justiniano hay rescriptos dirigidos a gente humilde: un albañil (4.65.2), un arrendatario (4.65.3)—, las trabas estructurales eran significativas.

No obstante, los obstáculos oficiales no eran más que la punta del iceberg. En un mundo en que los contactos personales y la riqueza daban acceso a todo lo que valía la pena tener, una persona se encontraba en gran desventaja si estaba situada en los puestos inferiores de la escala socioeconómica. Era una situación lamentable: el recurso a la ley era caro, y todas las cosas que podían hacerlo efectivo —la ayuda de los poderosos (*clientela*), la ayuda de los iguales (*amicitia*) y la expectativa de ayuda recíproca (*officium*)— tenían las mismas probabilidades de jugar en contra de una persona como a su favor. La epístola de Santiago (2:6) se hace eco de esta realidad: «¿No son los ricos quienes te explotan? ¿No son quienes te están arrastrando ante los tribunales?». Sin duda, la tendencia mental que creó los obstáculos oficiales operaba mucho más allá de esas críticas y provocaba una situación en la cual, en la práctica, una persona de posición inferior tenía grandes dificultades para llevar a juicio a una de estatus superior, y no tenía prácticamente ninguna esperanza de ganar el caso una vez planteado, a menos que, mediante la influencia de una

persona poderosa, el caso se convirtiese de facto en uno entre iguales. Apuleyo hace una acusación mordaz a todo el sistema mientras se «burla» de la justicia:

Vosotros, escoria de la humanidad —¿o debería llamaros bestias de los tribunales, o mejor aún, buitres togados?—: ¿Por qué os asombráis si hoy en día todos los jueces dictan sentencia a cambio de un precio?... (*El asno de oro* 10:33)

Petronio también se refiere a la evidente injusticia del sistema en un episodio del *Satiricón*. Los dos personajes principales, Encolpio y Ascilto, pierden una capa con monedas de oro cosidas en el forro. La encuentran sobre los hombros de un pobre vendedor de un mercado y discuten sobre cómo recuperarla. Encolpio era partidario de llevar al nuevo dueño ante los tribunales para reclamarle la prenda; Ascilto, sin embargo, se opone «por temor a la ley».

«¿Quién nos conoce en ese lugar? ¿Quién creará lo que decimos? Sin duda prefiero comprar la capa, aunque sea nuestra por derecho. Es mejor recuperarla por un precio bajo que involucrarnos en un pleito de resultado muy incierto. ¿Qué valor tienen las leyes, cuando sólo manda el dinero y cuando un pobre nunca puede vencer? Un juicio ante la ley no es más que una venta pública, y el aristócrata que se sienta en el tribunal emite su veredicto según quién le paga.» (*Satiricón* 13-14)

En una línea parecida, Artemidoro escribe que ver en un sueño tribunales de justicia, jueces, abogados y juristas, significa «problemas, infelicidad, pesados gastos y que se revelarán secretos» (*Sueños* 2.29); y que un juez es alguien que hace lo que quiere sin tener que responder ante nadie (4.66). El *Carmen* es igualmente duro. Entre los defectos que podían pervertir una decisión se encontraban la injusticia por parte del juez, los sobornos, la fuerza y el favoritismo (*Carmen* 134). En un entorno así de corrupto, el hombre corriente carecería del dinero y la influencia suficientes para poder enfrentarse a alguien que ocupase una posición de cierta importancia. Por consiguiente, recurrir al sistema legal siempre era arriesgado. El *Carmen* se refiere extensamente a la resolución de controversias y, más

concretamente, a los resultados de los procesos judiciales. En esas situaciones se pensaba en otras vías para resolver las disputas. La más popular era la mediación en el seno de una familia o de un grupo de personas afines, como una asociación. Pablo recomendaba esto a sus compañeros de Corinto. Sin embargo, la situación básica está clara: los hombres corrientes trataban de evitar recurrir a la ley. En la inmensa mayoría de casos acudían al sistema legal únicamente cuando se trataba de una cuestión realmente importante que trascendía los asuntos locales, o cuando se disponía de posición, contactos y recursos suficientes para tener esperanzas de ganar. *Jurisconsultus abesto* (abogado, ¡fuera de aquí!).

El robo era un problema constante en una sociedad con tanto desempleo y subempleo, por no decir absoluta pobreza. No había un cuerpo de policía que patrullase regularmente las calles y, aunque en las ciudades había a menudo un vigilante nocturno después de anochecer, el cual podía realizar detenciones, no era un elemento disuasorio demasiado importante. En el *Carmen* hay unas cuantas referencias al robo de cosas y dedica un capítulo a «Si quieres saber sobre un robo cometido o algo que se ha perdido, si lo recuperará o no». Bajo este encabezamiento, varias predicciones indican que:

Los bienes se recuperarán rápidamente, sin sufrimiento o problemas... esos bienes que se perdieron serán encontrados al cabo de mucho tiempo y con problemas y los ladrones habrán trasladado los bienes del sitio en que los dejaron cuando los robaron a otro sitio... que los encontrarán después de un tiempo y con dificultad... que será más correcto que sean encontrados... que la cosa robada o perdida desaparecerá y no la poseerá... que pronto poseerá la cosa perdida o robada... que no poseerá la cosa robada o perdida y no hay necesidad de que su propietario la busque porque se esforzará sin lograr nada... que no poseerá la cosa robada o perdida más que con pesar y problemas o disputas, insultos y luchas. (*Carmen* 5.35)

Una de las interpretaciones de Artemidoro va incluso dirigida a un criminal. Si esa persona sueña con estrellas que caen de los cielos, «ello solamente será propicio para que-

nes están planeando un terrible crimen» (*Sueños* 2.36). Otros sueños indican que alguien será estafado, que se saquearán templos y que los ladrones asaltarán a un hombre durante el viaje; en sueños, un halcón o un lobo representan un bandido o un ladrón.

Los bienes robados eran difíciles de recuperar. No había una policía que se encargase de investigar, si bien los agentes sí que tenían capacidad de actuar si así lo deseaban. Por ejemplo, cuando en *El asno de oro* Lucio es acusado de robar a su anfitrión y huir, los funcionarios investigan el asunto, torturando al esclavo de Lucio y enviando a los guardas a buscarlo. Sin embargo, la mayoría de veces la persona tenía que buscar el objeto y el ladrón por sí sola. Conseguir la ayuda de un dios era una forma de hacerlo. Otra era consultar a las estrellas; el *Carmen* ofrece muchas predicciones que indican dónde se debe buscar un objeto robado o perdido:

[...] en las boñigas de oveja o en las guaridas de animales... en las forjas de los herreros... en el mar o cerca de él o en un manantial o en un valle o en un canal o en un lugar en el que haya agua... (*Carmen* 5.35)

Se robaban objetos de toda índole: telas finas y caras, ropa, joyas y perfume, utensilios de construcción y labranza, objetos de metal, cerámica, ídolos religiosos, libros y libros de contabilidad, así como cosas cotidianas «bastas y ordinarias». Comerciar con objetos robados era fácil y no se hacían preguntas. Según detalla el *Carmen*, frecuentemente se recurría tanto a esclavos como a esclavas, pero también hombres ricos y bien relacionados manejaban objetos robados.

Al igual que los objetos, los ladrones eran muchos y variados. Podían ser conocidos externos, completos desconocidos o alguien relacionado con la familia, «un ladrón que viene a conversar porque existe una amistad entre él y la gente de la casa, pero lo que hace es robar» (*Carmen* 5.35). Podían ser jóvenes, de mediana edad o viejos. Una vez más, era bastante común que fueran esclavos. Sus métodos y formas de actuar eran diversos. Podían ser «ladrones de oportunidad» —por ejemplo, se encontraban en una casa por alguna otra razón, veían algo

tentador y lo robaban—; podían emplear artimañas y astucia; podían hacer un agujero en la pared, romper un cerrojo, conseguir copias de llaves o entrar a hurtadillas por un tragaluz.

Si buscas al culpable, resulta útil saber qué aspecto tiene. Afortunadamente, si no consigues verlo, las estrellas pueden proporcionarte una descripción, dependiendo del planeta que rijan en las cartas astrales:

Júpiter: blanco, gordo, grandes sus ojos, el blanco de sus ojos será más pequeño de lo que le correspondería en relación con su tamaño; sus barbas serán redondeadas y rizadas, su personalidad será amable y bondadosa; Saturno: repulsiva su cara, su color, su mirada fija en el suelo, ojos rasgados y pequeños, delgado, torva su mirada, de color pálido, mucho vello corporal y cejas pobladas; Marte: colorado, pelo rojizo, vista aguda, mofletudo, un tipo alegre, un maestro de la broma; Venus: guapo, de cabello tupido, gordo, ojos negros, piel pálida, amable y cortés; Mercurio: delgado, escuálido, pálido, de pensamiento confuso. (*Carmen* 5.35)

Toda esta información indica claramente que el robo era una preocupación importante. Al robo hay que añadir la huida de la mano de obra esclava, tal vez la posesión más sistemáticamente valiosa y sin duda la más móvil. En el *Carmen* ese tema se trata casi en la misma extensión que el matrimonio y la familia. En la literatura, los ladrones y los robos aparecen constantemente. Hay alusiones dispersas por todo el Nuevo Testamento: la muerte llega «como un ladrón en la noche» (Tesalonicenses 5:2); «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan» (Mateo 6:20); «Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa» (Lucas 12:39); «el ladrón sólo viene a robar, matar y destruir» (Juan 10:10); «El día del Señor llegará como un ladrón» (2 Pedro 3:10). Luego están los ataques frecuentes a personas y propiedades de *El asno de oro* de Apuleyo. Las preocupaciones por los robos se acrecentaban aún más porque las medidas tomadas por las autoridades eran, como mucho, ineficaces. Les preocupaba «mantener la paz» y podían formar

una patrulla para atacar a los bandidos, como sucede en *El asno de oro*, pero, a menos que se cometiese un crimen atroz contra un miembro de la elite o los ciudadanos tomasen la iniciativa, la pasividad estaba a la orden del día. De hecho, los hombres, tanto individualmente como en grupo, se las tenían que arreglar por su cuenta ante un robo, como indica claramente el *Carmen* al extenderse sobre el aspecto que podrían tener los sospechosos, dónde se podrían encontrar los objetos robados, quiénes podrían ser los ladrones, etcétera. Esta situación implicaba a su vez que los hombres tomasen medidas para proteger sus posesiones y estuviesen constantemente nerviosos ante la posibilidad de un robo.

Una vez detenidos, los ladrones podían ser objeto de un proceso judicial, pero eran también susceptibles de sufrir los ataques de la muchedumbre (linchamiento). Esto es lo que sucede en *El asno de oro* cuando un grupo de Hipata atrapa a unos ladrones y enseguida los mata con espadas o lanzándolos por un acantilado. Si los esclavos eran apresados, se los torturaba para conseguir pruebas. Cualquier persona considerada culpable sufría castigos que resultan extremadamente crueles para la mentalidad actual. Pero ése era el objetivo: disuadir a otros mediante el terror a castigos espantosos, como manos amputadas, latigazos, condena a las minas o a los espectáculos de gladiadores, decapitación, ahorcamiento, morir devorados por animales salvajes y crucifixión. Dichos castigos eran parte integrante de un aspecto más amplio del mundo del hombre corriente, su omnipresente naturaleza violenta. Recientemente se ha hecho hincapié en nuestro horror ante las gestas de gladiadores y espectáculos públicos que incluían representaciones de mitos en los que se producía la muerte de uno de los participantes. Sin embargo, es mucho más importante reconocer que para el hombre corriente, la violencia impregnaba todos los aspectos de su vida, hasta el punto de que se la consideraba algo normal. Podía maltratar a su esclavo (y en ocasiones a un esclavo ajeno) mediante palizas, abusos sexuales y maltrato psicológico; sus hijos estaban totalmente bajo su autoridad y podían ser castigados físicamente a su antojo. Igualmente, su mujer tenía pocos recursos frente a la violencia del marido. Fuera de casa, las luchas

eran una forma normal de resolver diferencias personales, ya que su cultura basada en el honor y en la vergüenza aprobaba violentas formas de autoafirmación ante ofensas reales o imaginarias. A pesar de que, en general, iba «desarmado», en el sentido de que, especialmente si era pobre, a menudo no tenía a su alcance armas de ataque como espadas, otros objetos tales como piedras, palos, lanzas de caza, herramientas, losas y similares eran armas de las que podía disponer; las utilizaba y podían ser utilizadas contra él. Los sueños narrados por Artemidoro dejan claro que los enemigos personales podían intentar causar daño y uno tenía que estar siempre en guardia contra posibles traiciones:

[Si en un sueño ves] perros ajenos adulándote, esto significa hombres y mujeres malvados que están al acecho para engañarte. (*Sueños* 2.11)

Las disputas acababan en pelea incluso, o tal vez especialmente, en comunidades comprometidas como por ejemplo los primeros grupos cristianos:

¿De dónde vienen esas guerras, de dónde esos conflictos entre vosotros? ¿Quién hace la guerra sino los malos deseos que tenéis dentro? Codiciáis lo que no tenéis y entonces matáis, discutís y peleáis. (*Santiago* 4-1)

Los ataques podían ser de diferentes clases, pero incluían ataques físicos que tenían como resultado heridas o incluso la muerte. Además, por supuesto, existía el riesgo de ser asaltado por bandidos, especialmente en el camino:

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. (*Lucas* 10-30)

La autoprotección era la norma a seguir. Cuando unos ladrones asaltan la casa de un ciudadano en *El asno de oro*, son apaleados dos veces por los que se encuentran en la casa y por los vecinos. Otras veces, los ciudadanos toman la iniciativa y apresan a un sospechoso llevándolo ante las autoridades. Si

un litigio se planteaba ante magistrados, se podía solicitar la aplicación de violencia oficial, como la flagelación, pero en las disputas interpersonales, el primer recurso para la mayoría era la autodefensa, con o sin posterior intervención de funcionarios.

A mayor escala, si la gente tenía una disputa con las autoridades o consideraba, por ejemplo, que los ricos retenían grano durante una hambruna, el recurso natural era causar disturbios, ya fuese para tratar de intimidar o incluso matar a los presuntos culpables o para destruir su propiedad. En *El asno de oro* hay un episodio en el que una muchedumbre de ciudadanos lleva a Lucio a rastras ante los magistrados de la ciudad y éste sólo logra escapar cuando resulta que es la víctima, en medio de un «festival de carcajadas». En varias ocasiones Pablo no tuvo tanta suerte. De hecho, su caso es un buen ejemplo de cómo actuaban los hombres cuando aparecía un agitador social. En Éfeso, Pablo predicaba y enseñaba en las sinagogas, pero, como hemos visto, los artesanos orfebres de la ciudad pensaban que su medio de vida se estaba viendo amenazado y pasaron a la acción, apresando a Pablo y a sus compañeros y llevándolos al teatro donde estaban reunidos los magistrados. En este punto los magistrados trataron de calmar a la multitud y que ésta no se encargara del proceso, pero al final venció la masa y Pablo abandonó Éfeso inmediatamente (Hechos 19:35-41). Y bien que hizo, porque antes, en Filipos, tuvo una experiencia parecida con una muchedumbre, con peor resultado. Allí había curado a una joven esclava profeta, con gran enfado y pérdida económica por parte de sus amos. Apresaron a Pablo y a su compañero Silas y los llevaron a rastras hasta la plaza del mercado para que se enfrentaran a las autoridades, las cuales cumplieron con los deseos de la masa:

La gente se puso contra ellos. Los inspectores les hicieron quitarse la ropa y mandaron azotarlos. Después de haberles dado muchos golpes, los echaron a la cárcel y encargaron al carcelero que los vigilara con todo cuidado. Éste, al recibir la orden, los metió en el calabozo interior y los ató con cadenas en los pies al cepo. (Hechos 16:22-4)

Cualquiera que pareciese perturbador podía ser agredido, y un pequeño número de personas podía provocar un tumulto. Así sucedió en Éfeso con los orfebres o en Filipos con un par de hermanos adinerados. Al hombre corriente esto no le asustaba mucho, aunque estas cosas podían suceder, como cuando un padre acusó a su hijo mayor de haber asesinado a su hijo menor y trató de incitar a la multitud para saltarse el juicio y apedrear al acusado (*El asno de oro* 10.6-12). Sin embargo, era mucho más frecuente que el hombre corriente formase parte de la turba, ya que lo más habitual era que los agredidos fueran, bien forasteros, bien miembros de la elite. Apuleyo nos pone un ejemplo de patrullas de vigilancia en su historia de los sacerdotes de la diosa Siria. Habían estado viajando por varias ciudades, realizando sus ritos y vendiendo profecías. En una ciudad roban un cáliz de oro del templo de la Gran Madre. Cuando lo descubren, los ciudadanos se disponen a recuperar los objetos robados:

Y de repente, una banda de hombres armados a caballo salió tras de nosotros al galope. Con gran dificultad lograron detener la enloquecida carrera de sus corceles. Los hombres apresaron al sumo sacerdote y a sus acompañantes. Al grito de que eran nauseabundamente sacrílegos, empezaron a golpearlos con los puños. Luego los ataron y, una y otra vez, les exigieron utilizando palabras gruesas que sacasen el cáliz de oro, prueba de su maligno robo... uno de los hombres estiró su mano por encima de mi cabeza y hurgó en el mismísimo pecho de la diosa que yo llevaba conmigo hasta que, a la vista de todos, sacó el cáliz... Entonces, los ciudadanos escoltaron a los sacerdotes de vuelta a la ciudad, los encadenaron inmediatamente y los metieron en el calabozo local. (*El asno de oro* 9.9-10)

A menudo, los hombres se veían también envueltos en disturbios a causa de la escasez de alimentos, cosa habitual, en manifestaciones contra los magistrados locales en el teatro durante las carreras y los concursos de gladiadores, entre facciones locales por cualquier motivo, y como consecuencia de rivalidades entre ciudades, la más famosa de las cuales fue la que originó los disturbios del año 59 d.C. después de un

concurso de gladiadores entre ciudadanos de las vecinas ciudades de Pompeya y Nuceria, sobre los cuales hablaré con más detalle más adelante. Cuando un tumulto se iba realmente de las manos, especialmente en una ciudad grande como Roma, Alejandría o Antioquía, se hacía intervenir a las tropas. El hecho destacable es que los hombres corrientes estaban constantemente preparados para expresar su rabia de manera violenta en una amplia serie de circunstancias. Si bien resultaría engañoso pensar que la violencia callejera y los disturbios eran cosas que se producían a diario, la posibilidad siempre estaba ahí, y no había titubeos a la hora de entrar en acción.

En general, los papiros mágicos refuerzan la idea de que las preocupaciones que he señalado eran las que más afectaban a la gente corriente. Así, de las interpretaciones de sueños, cartas astrales, plegarias y hechizos podemos concluir que el hombre medio deseaba una buena vida con salud, con recursos suficientes para vivir decentemente, amigos, buena reputación y una vida familiar con hijos que le prestase su apoyo. Más allá de la familia, la gente anhelaba una posición en la comunidad, protección frente a sus enemigos, la victoria sobre sus rivales, ya fuera en el campo de los negocios, en los tribunales de justicia o en el amor, y la gloria y el prestigio en su círculo social. Sus mayores temores se referían a circunstancias cruciales, especialmente la mala salud, los robos, la muerte, la pobreza o incluso la esclavitud.

La vida en la comunidad

En su mundo, los hombres corrientes llevaban una activa vida social. Las ceremonias y celebraciones religiosas eran importantes. El contexto abiertamente social del festival de Isis tal como se describe en *El asno de oro* de Apuleyo, hacía que un gran número de personas participasen en él a título particular. Apuleyo se centra en los participantes sagrados, pero, por ejemplo, la intensa participación de la población en general al amanecer, antes incluso de que empezase la procesión principal, y el hecho de que dichos participantes cargasen el barco de Isis con cestas de ofrendas junto a los no iniciados, ilustra la

naturaleza comunitaria de aquella celebración, y el entusiasmo por los ritos en el templo muestra el alto nivel de participación; tras un jubiloso día, la gente regresa a sus casas (11.8-18).

Asimismo, los días en que tenían lugar celebraciones públicas eran motivo de reunión. La multitud se congregaba antes incluso de que comenzase la función. Había espectáculos preliminares como pantomimas, y vendedores ambulantes y actores callejeros por todas partes. El evento principal estaba destinado a la comunidad y creaba un vínculo social. Si bien dicho evento consistía en ocasiones en algo sangriento, como una lucha de gladiadores, a menudo se trataba de una actuación teatral o circense. La danza pírrica, las pantomimas y los dramas populares descritos por Apuleyo en *El asno de oro* como espectáculos previos a la ejecución que tendría lugar a continuación son un buen ejemplo de estas representaciones públicas (*El asno de oro* 10.29-34).

Las ejecuciones eran por sí mismas otra ocasión para las reuniones públicas. En el caso narrado por Apuleyo, el evento es el apareamiento entre un asno y una mujer condenada, una obra tragicómica sobre el castigo habitual consistente en ser arrojado a las fieras. Pero cualquier representación tenía el propósito de servir a la integración social. Lo habitual es que hubiera una fiesta pública antes de la ejecución; una excelente oportunidad para reunirse, relacionarse y conseguir comida gratis.

A nivel cotidiano, las asociaciones desempeñaban un papel muy importante en la vida social fuera de la familia. Normalmente existía un vínculo común (casa, profesión, intereses), un punto geográfico de reunión, una finalidad religiosa (al menos de nombre), el compromiso de enterrar a los miembros y un aspecto de camaradería. La pertenencia a las asociaciones era expansiva. Eran habituales los grupos de vecinos de una casa y podían incluir no sólo a los miembros libres, sino también a esclavos y libertos. Además, existían asociaciones profesionales que se formaban según la categoría laboral (por ejemplo de trabajadores de la construcción). Por último, había asociaciones basadas únicamente en el origen étnico o geográfico común; éstas estaban abiertas a libres y libertos y, en ocasiones, a las mujeres.

Los hombres corrientes eran, junto a los esclavos y a los libertos, el pilar de las asociaciones. La elite tenía poca o ninguna necesidad de formar parte de asociaciones de ese tipo, a excepción tal vez de algunas de carácter religioso. Sin embargo, a pesar de no participar como norma en las reuniones habituales, las asociaciones estaban a menudo patrocinadas por ricos. Éstos formaban parte de la elite local. De este modo, además de prestar una función social «horizontal», las asociaciones proporcionaban también un medio «vertical» para ajustarse a la naturaleza fuertemente jerarquizada de la sociedad, vinculando a aquellos grupos con el poder y la influencia de que sólo disponía la clase dominante. Desde el punto de vista de la elite, la naturaleza social de las asociaciones podía comportar problemas. El gobierno romano desconfiaba siempre de los clubes; por ejemplo, está claro que en Pompeya los clubes eran forofos de los espectáculos de gladiadores y tuvieron que ser prohibidos a raíz de los disturbios que provocaban (Tácito, *Anales* 14.17). El emperador Trajano puso de relieve su autoridad afirmando que las asociaciones siempre se volvían «políticas»: «Sea cual sea el título que les concedamos, con el objeto que sea, los hombres que se unen para un fin común no tardarán en formar una asociación política» (Plinio, *Cartas* 10.34). Actualmente existe una importante controversia sobre la categoría de las asociaciones; si eran «legítimas» o «ilegítimas», cuáles estaban «autorizadas» y cuáles no eran «aprobadas» por el Estado. Aquí es importante hacer hincapié en que, a pesar de la desconfianza gubernamental, está claro que las asociaciones continuaron teniendo una amplia presencia y constituían una parte importante de la vida social de la gente corriente.

Otro apreciado lugar de reunión eran los baños. El baño en grupo —no nadar en una piscina, sino bañarse por higiene— no es algo habitual en la vida moderna. Para la población romana de las ciudades era una parte fundamental de la vida cotidiana. Las famosas y lujosas termas de Roma y de otras grandes ciudades de provincia son sobradamente conocidas; en dichas ciudades y en otras poblaciones de menor tamaño de todo el Imperio proliferaban también instalaciones mucho más pequeñas. Si bien los miembros de la elite podían utili-

zar, y de hecho frecuentaban dichos espacios públicos, tenían también baños privados propios o de amigos, con lo que disponían de alternativas. No así el hombre corriente. Los baños públicos eran una combinación de gimnasio, salón de masaje, balneario y punto de encuentro social. En *El asno de oro*, una de las primeras cosas que hace Lucio tras instalarse en casa de su anfitrión en Hipata y asegurarse de que se han ocupado de su caballo, es acudir a los baños locales. Varios episodios del *Satiricón* de Petronio tienen los baños como telón de fondo. Los soldados siempre disponían de baños en sus campamentos permanentes; ciudadanos acaudalados obsequiaban con baños a sus conciudadanos, lo que constituía una muestra de generosidad muy apreciada. Así como el foro era el centro y el símbolo de la vida económica y legal, los baños eran el centro de la vida comunitaria y social. Allí había comida y bebida, amigos y enemigos, intrigas políticas, chismorreos vecinales, consejos prácticos sobre negocios, sexo y muchas, muchas cosas más.

Tiberio Claudio Segundo vivió 52 años... El vino, el sexo y los baños arruinan nuestros cuerpos, pero el vino, el sexo y los baños hacen que tengamos una buena vida. Mérope, liberta del César, erige este monumento para su amado compañero, para ella y para sus descendientes. (*CIL* 6.15258, Roma)

Los buenos momentos iban acompañados de preocupaciones. Podía ser que no se consiguiese hora. Podías ser víctima de adulterio. Te podían robar la ropa mientras te bañabas dejándote furioso y maldiciendo al ladrón. En Roma, el problema era de tales proporciones que se encomendó al prefecto de la guardia de la ciudad que hiciera algo al respecto. Tenía:

... autoridad para investigar a los encargados de vigilar la ropa de los bañistas a cambio de una suma de dinero para ver si al hacerlo actuaban de manera deshonesto. (*Digesto* 1.15.3.5)

Que tu mujer acudiese a los baños podía ser motivo de inquietud, ya que le podían suceder cosas malas, como se desprende de esta queja formal de un documento egipcio:

De Hippalos, hijo de Archis, agricultor del pueblo de Euhemeria, de la división de Themistos. El 6 de tybi, mientras mi esposa Aplounous y su madre Thermis se estaban bañando, Eudaimonis, hija de Protarchos, Etthytis, hija de Pees, Deios, hijo de Ammonios, y Heraklous, las atacaron en los baños de la ciudad, propinando a mi esposa Aplounous y a su madre muchos golpes por todo el cuerpo, a resultas de lo cual se encuentra en cama, y en la refriega perdió un pendiente de oro que pesaba tres cuartas, una pulsera de metal sin repujar que pesaba 16 dracmas, y un cuenco de bronce de 12 dracmas; y su madre, Thermis, perdió un pendiente de oro que pesaba dos cuartas y media, y... (Rowlandson, n.º 254)

No obstante, la fraternidad que proporcionaban los baños era una parte positiva e indispensable de la vida de los hombres corrientes.

Al imaginar ese lugar de encuentro, repleto de hombres (habitualmente las mujeres tenían horarios separados), pensamos automáticamente en los brillantes mármoles de Caracalla o en el esplendor de Cluny en París, y lo vemos como un signo de la grandeza de la civilización romana. Algo de eso había, por supuesto; ¿quién no se habría quedado impresionado ante la grandeza de esos establecimientos? Pero ello no ha de impedirnos ver la realidad de que, tanto para la gente corriente como para la elite, los baños no constituían únicamente un lugar donde mantener relaciones sociales, sino también una peligrosa falta de higiene que resulta espantoso sólo imaginar. No sabemos con qué frecuencia se cambiaba el agua, pero no hay nada que indique que eso sucediera a menudo. No había un «baño previo»; por el contrario, aplicarse aceites y luego aclararse como acto previo al baño significaba solamente que una persona encargada del mantenimiento de los baños barría el líquido derramado introduciéndolo dentro de la piscina. Aunque a veces disponían de letrinas, aparentemente algunas personas utilizaban la piscina.

Lo más peligroso y temible de todo sería defecar en el templo de un dios, en el mercado, en la calle o en un baño público, pues ello augura la ira de los dioses, grandes desgracias

y terribles pérdidas. Además, a menudo la persona que sueña esto se convierte en objeto de odio y se revelan sus secretos. (*Sueños* 2.26)

En pocas palabras, toda la suciedad, mugre, fluidos corporales, excreciones y gérmenes de la gente eran compartidos rápidamente con otros bañistas. Especialmente en la caldeada sala de baño, el número de bacterias debía de ser astronómico. A pesar de que toda esta combinación de hechos sin duda propiciaba el contagio de enfermedades, no hay indicación alguna de que nadie fuese en absoluto consciente del peligro. De hecho, una recomendación típica de los médicos era «tomar los baños», así que, en realidad, se animaba a las personas enfermas a —como ahora sabemos— contagiar sus males a otras, mientras al mismo tiempo contraían nuevas enfermedades en las aguas que se suponía debían curarlas. Aunque, en alguna ocasión, incluso los emperadores compartían los baños públicos con la gente corriente, hay por lo menos uno que probablemente se mantuvo siempre al margen. Marco Aurelio plasmó lo desagradables que le resultaban los baños al escribir:

¿Qué os parece el baño? Aceite, residuos asquerosos, agua cenagosa, todo repugnante. (*Meditaciones* 8.24)

En los baños, la escena era también ruidosa y caótica. Artemidoro señala que soñar con cantos en el baño augura mala suerte; soñar con baños significaba también, según algunos, mala suerte, ya que el escándalo indicaba agitación en la vida. Séneca, miembro de la clase dominante, se queja elocuentemente de esto mientras se imagina intentando trabajar encima de un baño público:

¡Contemplad! Ruido estruendoso por todas partes. Vivo encima de unos baños públicos. Imagínate la gran variedad de gritos desesperantes que pueden llegar a mis oídos. Oigo a los culturistas ejercitando sus brazos levantando pesas de plomo, esforzándose, o al menos fingiendo esforzarse; oigo sus gruñidos y gemidos al levantar el peso y cuando sueltan el aliento los oigo resollar y respirar entrecortadamente. Luego tengo que sopor-

tar a un tipo más vago, que se conforma con un masaje barato con aceite; oigo el ruido de las manos golpeando sus hombros, los diferentes sonidos según le masajeen con la mano abierta o con el hueco. Y todavía hay más, ¡si un jugador de pelota se une al escándalo contando los puntos que logra ya es el colmo! Súmale a esto la gente vulgar gritándose unos a otros, el ladrón al que cogen con las manos en la masa y al tipo al que le gusta oír su propia voz resonando por los baños junto a otros que cantan, aunque éstos al menos tienen voces decentes. ¡Y aún hay más! Los que se lanzan a la piscina de golpe provocando un horrible estruendo. Piensa además en esos esclavos que se dedican a depilar axilas gritando continuamente para anunciarse con su chillona y estridente voz, y que no cesan a menos que estén efectivamente depilándole a alguien la axila, haciéndoles entonces gritar a ellos. En medio de todo esto están los gritos entremezclados de muchos vendedores: el vendedor de pasteles, el de salchichas, el confitero, los vendedores de comida, todos anunciando sus productos con sus gritos característicos. Mientras tanto, fuera del apartamento, preciso, coches de caballos traqueteando, mazazos procedentes de un taller cercano, un afilador de sierras trabajando allí al lado y, para acabarlo de arreglar, un vendedor de flautas que no sabe cantar, así que se limita a gritar todo el rato. (*Cartas* 56.1,2)

Tratando de sacarnos de la cabeza esta realidad, vuelvo al asunto principal: los baños eran lugares de reunión social para el hombre corriente y, de hecho, también para sus familias. Los niños podían bañarse con sus padres y frecuentemente así lo hacían. Un epitafio de Roma cuenta una triste historia:

Daphnus y Chryseis, libertos de Laco, erigen esta lápida en recuerdo de su querido Fortunato. Vivió ocho años. Pereció en la piscina de los Baños de Marte. (*CIL* 6.16740)

La situación se reproduce nuevamente en otra, realizada tristemente por el propio grabador:

Yo, el más desgraciado de los padres, he grabado esto en recuerdo de mi hijo que, pobrecillo, pereció en la piscina. Vivió tres años y seis meses. (*CIL* 9.6318, Chieti, Italia)

Aunque no era en absoluto la norma habitual, a veces incluso las mujeres se bañaban con los hombres: Pompeyo Catusa escribió un epitafio conmovedor:

A los dioses del mundo de las tinieblas y la eterna memoria de Blandinia Martiola, la chica más pura, que vivió dieciocho años, nueve meses y cinco días. Pompeyo Catusa, ciudadano sécuano, yesero, erige este monumento en memoria de su incomparable esposa, siempre amable conmigo, que vivió a mi lado y para mí cinco años, seis meses y dieciocho días sin ningún reproche, y en la mía mientras viva. Quien lea esto, que vaya a bañarse a los baños de Apolo como yo hacía con mi esposa. ¡Ojalá pudiera seguir haciéndolo! (*CIL* 13.1983 = *ILS* 8158, Lyon, Francia)

Al salir de casa, de una reunión en una asociación o de los baños, el hombre corriente se encontraba en la calle con un mundo ajetreado y ruidoso. Gran parte de su vida transcurría en el exterior, igual que la vida de todos los demás miembros de la sociedad. Encontraba todo lo que necesitaba, especialmente comida, en puestos callejeros, o bien extendida sobre esteras colocadas no sólo en los escasos espacios abiertos, sino a lo largo de cualquier calle; esto venía a complementar las relativamente escasas tiendas en que se vendían artículos. Entrando y saliendo del gentío, le abordaban mendigos, músicos callejeros tocaban o cantaban a cambio de una dádiva, los profesores trataban de mantener la atención de sus alumnos en medio del ruidoso murmullo, filósofos callejeros, adivinos, magos y gente variopinta ejercían su oficio.

A menudo vemos cómo, incluso en medio de una gran y agitada muchedumbre, el individuo no tiene dificultad en realizar su trabajo; por el contrario, el hombre que toca la flauta o enseña a un alumno a tocar, se concentra en ello, a veces dando clase en plena calle, y ni la multitud ni el barullo de los transeúntes le distraen en absoluto. Lo mismo sucede con el bailarín o el maestro de danza; está inmerso en su trabajo, totalmente ajeno a los que pelean, venden y hacen otras cosas; y también pasa lo mismo con el arpista y el pintor. Pero he aquí el caso más extremo de todos: los profesores de enseñanza elemental se sientan en la calle con sus alumnos y, en medio del estruendo, nada les impide enseñar

y aprender. Recuerdo haber visto una vez, paseando por el Hipódromo, a mucha gente reunida en un mismo punto, cada uno haciendo algo diferente: uno tocando la flauta, otro bailando, otro haciendo juegos malabares, otro leyendo un poema en voz alta, otro cantando y otro explicando un cuento o un mito, y, a pesar de todo, ni uno solo de ellos impedía a los demás que se ocupase de sus asuntos y realizase el trabajo que tenía entre manos. (Dion Crisóstomo, *Discursos* 20.9-10/Cohoon)

La vida social en la calle era esencial. Incluso si alguien tenía un negocio y sin duda sí, como solía suceder, una persona no tenía empleo y disponía por lo general de mucho tiempo libre, las visitas a la taberna local eran parte del día a día. Una imagen basta. Las inscripciones en la Taberna de los Siete Sabios en Ostia ilustra el buen humor de los hombres en aquellos establecimientos. La taberna era un «local» sin nada de extraordinario, sin pretensiones arquitectónicas ni ningún otro signo de grandeza. Los Siete Sabios era una de las favoritas de la elite; solía estar decorada con bustos y citas. Sin embargo, las pinturas de la taberna representan a los siete sabios de la Antigüedad dando consejos escatológicos; los humanos dibujados aliviándose los imitan en imágenes terrenales. La educación era una de las señas de identidad de la elite junto al nacimiento y la riqueza. Aunque la educación era accesible al hombre corriente —y los dichos de los siete sabios habían calado hasta llegar al nivel de filosofía popular— está claro que, a pesar de todo, se pretendía ridiculizar la educación «pomposa». En la bodega de la taberna hay dibujados vinos caros. Obviamente, la riqueza ostentosa es el objetivo de la broma. Aunque el «nacimiento» no es ridiculizado de manera individual, iba de la mano con las otras dos señas de identidad de la elite. Esto me recuerda la fábula de la batalla de los ratones y las comadrejas; según nos explica Fedro, las ilustraciones de esta fábula formaban parte de la decoración habitual de las tabernas. En ella, las comadrejas y los ratones estaban constantemente en guerra y siempre ganaban las comadrejas. Los ratones decidieron que lo que necesitaban era ser liderados por la elite, así que eligieron a los más fuertes, inteligentes, valerosos y de sangre más pura para que se hicieran cargo del ejército de ratones y de

su instrucción. Una vez que la nueva elite había hecho todo lo posible por reorganizar y entrenar al ejército, los ratones declararon la guerra a las comadreas. Los generales ratones se envolvieron la cabeza con paja para destacarse de la manada. Nada más empezar, la batalla se puso en contra de los ratones, los cuales rompieron filas y huyeron en masa a refugiarse en sus hogares subterráneos. Desgraciadamente, las largas briznas de paja de los líderes les impidieron desaparecer en las ratonearas. El ratón que las llevaba era atrapado y devorado por las comadreas (Babrio 31, Fedro 4.6). El contenido de esta fábula, sin duda conocido por los espectadores, se burlaba de la arrogancia, por no decir estupidez e inutilidad, de los de alta cuna.

En los bares y tabernas la vida era muy animada. Había comida y bebida, y a menudo había mujeres disponibles. Allí o en la calle se iniciaban partidas de dados; conversaciones con vecinos y desconocidos sobre acontecimientos y política local y chismorreos se unían al alboroto general. La interacción personal mantenía al hombre en contacto con la comunidad y al día (ya fuese con información correcta o incorrecta) sobre situaciones y hechos que podían afectarle.

La calle también era un lugar en el que aprender y poner en práctica lo aprendido. Dado que los libros eran por lo general un artículo lujoso sólo al alcance de los ricos, la literatura de todo tipo se transmitía oralmente. En las esquinas y en los parques había poetas recitando para todo aquel que los quisiera escuchar. Todo esto proporcionaba a los hombres opciones de entretenimiento que iban desde los chiflados de las esquinas hasta las discusiones serias sobre política, al menos en los primeros siglos del Imperio cuando muchas ciudades elegían a sus magistrados. Si bien la elite local controlaba esos cargos y el consejo local estaba formado por ex magistrados, sus acciones afectaban a la gente corriente. Además de la interrelación diaria, esos hombres, y especialmente los ediles, eran responsables de las obras de beneficencia como el reparto de pan y de la organización de espectáculos públicos como las luchas de gladiadores y las producciones teatrales. Así que eran elegidos tanto por razones económicas como sociales. Sin embargo, hasta en la propia Roma, las asambleas populares dejaron de tener poder durante el Imperio, de modo que, también en las

ciudades, las asambleas perdieron importancia ante una clase dirigente cuyo poder estaba cada vez más afianzado.

A pesar de esta prolongada tendencia, en aquel momento muchos hombres corrientes estaban involucrados en campañas políticas y votaciones. Las numerosas pintadas de Pompeya demuestran elocuentemente la vida política de los hombres y reflejan tanto su seriedad como su sentido del humor:

Os pido que nombréis edil a Gayo Julio Polybio. ¡Su pan es muy bueno! (*CIL* 4.429 = *ILS* 064212e)

(Vota) Marco Caselio Marcelo, un buen edil que organiza juegos magníficos. (*CIL* 4999)

Próculo, haz edil a Sabino y él te hará a ti. (*CIL* 4.635 = *ILS* 6436)

Otros carteles mostraban cierto humor:

Los carteristas quieren a Vatia como edil. (*CIL* 4.576 = *ILS* 06418f)

Os ruego que elijáis edil a Marco Cerrinio Vatia. ¡Todos los que beben hasta tarde lo piden! Esto lo han escrito Floro y Fructo. (*CIL* 4.581 = *ILS* 06418d)

Los jugadores de dados apoyan a Gneo Helvio Sabino. (*CIL* 4.3485)

Los grupos económicos daban su apoyo a sus candidatos:

La unión de vendedores de fruta con Helvio Vestalio os instan a que elijáis a Marco Holconio Prisco como duumviro* con potestad judicial. (*CIL* 4.00202 = *ILS* 06411a)

Los molineros os piden que votéis a Gneo Helvio Sabino como edil; ¡la gente que vive cerca también lo quiere! (*CIL* 4.7273)

* Magistrado superior de colonias y municipios. (*N. del T.*)

Al igual que los grupos religiosos:

Los adoradores de Isis os piden que votéis a Gneo Helvio Sabino como edil. (*CIL* 4.787 = *ILS* 06420b)

Las personas unidas por vínculos geográficos hacían causa común:

Sus vecinos os piden que votéis a Marco Lucrecio Fronto como edil. (*CIL* 46625)

Os ruego, oh vecinos, que elijáis a Lucio Statio Recepto como Magistrado Superior con potestad judicial; un hombre que merece nuestros votos. Emilio Celer, vuestro vecino, ha escrito esto. Si alguien destruye esto presa del odio, ¡mal rayo le parta! (*CIL* 4.3775 = *ILS* 05409)

La gente que vive cerca del foro os pide que votéis a... (*CIL* 4.783)

Hasta las mujeres, a pesar de no poder votar, se dejaban oír:

Elegid como edil a Gneo Helvio Sabino. Junia lo pide. (*CIL* 4.1168)

Es difícil determinar cuántas inscripciones representan el sentir popular real, porque muchas parecen haber sido escritas profesionalmente; dado que las elecciones eran anuales, las inscripciones tenían que hacerse regularmente y está claro que había grupos contratados para trabajar en cada nueva campaña electoral. Con todo, es justo decir que, como mínimo, los hombres estaban al tanto de las elecciones y hablaban sobre ellas en los baños y en los bares; muchos probablemente participaban tanto en la campaña como en la votación, la cual era en sí una ocasión festiva en la que se proporcionaba comida y bebida. Con el paso del tiempo, probablemente esta actividad política fue decayendo, pero a pesar de variar de un lugar a otro a lo largo del Imperio, era algo importante en que los hombres pensaban, debido especialmente a que los funcionarios elegidos podían influir en su vida diaria. Mientras duraba

la actividad política, la calle era un importante lugar de discusión y propaganda.

Conclusión

Las vidas cotidianas de los hombres corrientes en Roma y el Imperio estaban marcadas por la familia, los negocios, las relaciones y los asuntos y preocupaciones comunes a gran parte de la humanidad. El poeta Horacio, hijo de un liberto, plasma esta situación:

Su nombre es Volteyo Mena, subastador, bastante pobre, libre de escándalos, buen trabajador cuando es necesario, tranquilo cuando no lo es, sabe tanto ganar dinero como gastarlo, disfruta de sus compañeros intrascendentes, de su humilde hogar y de los juegos en el Campo de Marte cuando acaba su trabajo. (*Cartas* 1.7.55-9)

En muchos sentidos, las vidas de los hombres corrientes diferían de las de la elite. No podían evitar interactuar y, de hecho, lo hacían, participando en negocios y en asuntos legales y expresando sus preocupaciones violentamente si era necesario. Sin embargo, su mundo y su actitud reflejaban la realidad de sus propia existencia en estrecha relación con libertos, esclavos y mujeres corrientes. Se abrían camino, siguiendo sus propias pautas morales, con sus temores y esperanzas, y confiando en la superstición, la magia y la religión para dar sentido y controlar su desafiante mundo.